

## CINCO OSCENSES: SAMBLANCAT, ALAIZ, ACÍN, MAURÍN Y SENDER, EN LA PUNTA DE LANZA DE LA PRERREVOLUCIÓN ESPAÑOLA<sup>1</sup>

Francisco CARRASQUER LAUNED

Para hablar de *prerrevolución* ha de haber habido previamente una *revolución*. ¿Qué revolución es ésta?, se preguntarán más de cuatro, sobre todo entre los menores de cincuenta años. Porque, así como todo el mundo sabe algo de nuestra guerra civil (1936-1939), de nuestra revolución del 36 apenas se ha hablado en serio y explicado sus causas y efectos en los medios escritos y audiovisuales españoles. Se conoce más esta revolución fuera de España que en su propio teatro de operaciones. En Francia, Alemania, Italia, Bélgica y Holanda, como en Argentina, Méjico, Estados Unidos y Canadá, se han publicado libros de historiadores, ideólogos, políticos y escritores hasta hace poco; se han confeccionado programas de radio y televisión con cierta asiduidad y aún hoy se están preparando filmes televisivos en este y en el otro lado del Atlántico sobre nuestra revolución. En cambio, en la misma España, apenas ha movido plumas ni cámaras. Y esto por dos razones principales: primera, porque se trata de una revolución incipiente por no decir abortada y, en todo caso, sin haber tenido ocasión de formarse como criatura histórica cabal; además, porque ha tenido enemigos dentro y fuera tan poderosos que, después de haberla aplastado poco menos que en el huevo, la han condenado al silencio, al olvido, renegando de su existencia sistemáticamente, omitiendo toda referencia a su paso por nuestra historia. *Ni vue ni connue*.

Pues sí, nos referimos a la «revolución del 36» (que así ha pasado a los anales de la historiografía de este siglo), una revolución que tuvo su epicentro en

---

<sup>1</sup> El presente texto es una reelaboración del Seminario del mismo título que impartí en el Instituto de Estudios Altoaragoneses de Huesca entre el 26 y el 30 de abril de 1993, dirigido básicamente a estudiantes universitarios. Mi empeño en él no era otro que señalar y justificar el curioso fenómeno de que se hubiesen reunido por azar, en una pequeña capital de provincia como Huesca, cinco hombres encendidos por el aguijón de la rebeldía social e inspirados por y para la literatura.

Cataluña y Aragón pero que sacudió a más de la mitad de España y repercutió en todos los libertarios de la tierra. Nace el 19 de julio de 1936 en Barcelona y muere hacia el 11 de agosto de 1937, lo que hace que oficialmente (si de verdad llegó a cuajar algo «oficial» en esa revolución) no haya durado ni un año y un mes; de hecho, el 2 de mayo de 1937 recibió ya herida mortal y su duración real no pasó de los diez meses. Porque es en esta última fecha cuando tiene lugar la famosa «prueba de fuerza» entre el poder comunista en vías de hacerse omnímodo en España y la fuerza popular revolucionaria representada mayormente por el Movimiento Libertario<sup>2</sup> y en mucha menor medida por el POUM<sup>3</sup> por aquellas fechas. Los comunistas se valieron, una vez más, de sus métodos cripto-provocadores, tras haberse hecho con suficientes mandos militares y administrativos. Fue un gran golpe de audacia porque, si bien contaban con la lealtad del M. L., igual podía haberles fallado; y, ante la disyuntiva de tener que enfrentarse con las fuerzas cenevistas que podía la CNT haber sacado de los frentes (como los comunistas hicieron para acabar con la revolución española del 36), no habría optado por el enfrentamiento, que equivalía por entonces al suicidio. Claro que también se valió el PCE del hecho de que todos los partidos políticos de la República se la tenían jurada al M. L. porque por el mismo hecho de ser el M. L. antipolítico ya merecía el repudio y la intolerancia de *todos* los que vivían de la política.

Desde entonces, pues, desde mayo de 1937, la suerte sobre la revolución española del 36 ya estaba echada. Stalin no consentiría que levantara más la cabeza. Lo peor es que tampoco quería que ganase la República y así también quedó desahuciada toda esperanza de victoria antifascista en nuestro país. No le sirvió de nada a España haber sido el primer pueblo que se enfrentó con el fascismo, pues al «ídolo de acero» del Kremlin le interesó más aliarse con la más temible bestia fascista, ¡con Hitler!, en un pacto para siempre ominoso.

Respecto a la otra fecha ya apuntada, la del 11 de agosto del mismo año de 1937, fue cuando se decretó desde Madrid la disolución del Consejo de Aragón, máximo representante del régimen revolucionario en el Aragón republicano. A partir de entonces adquieren patente de corso las divisiones mandadas por cuadros comunistas, la 27.<sup>a</sup> y la 30.<sup>a</sup>, que irrumpen en el territorio del Consejo disuelto destituyendo a su paso comités locales y comarcales, deteniendo a dirigentes colectivistas y destruyendo a sangre y fuego las mismas colectividades, el exponente más práctico e ilustrativo de los efectos socioeconómicos de la revolución española que en tantos países y de tantas maneras se ha glosado y expuesto como modelo revolucionario, el más completo y pacífico del porvenir.

<sup>2</sup> El Movimiento Libertario (M. L.) agrupaba a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), las Juventudes Libertarias (J. L.), la FAI (Federación Anarquista Ibérica, Portugal incluido) y «Mujeres Libres».

<sup>3</sup> POUM, siglas del Partido Obrero de Unificación Marxista, víctima de las más enconadas y cruentas persecuciones por parte del Partido Comunista de España (PCE).

Todas estas cuestiones (y muchas más que siguen) es preciso abordarlas porque no se conocen. Se podrá discutir sobre la manera y los procedimientos con que se fundaron y desarrollaron las colectividades de Aragón, pero no se podrá jamás negar que no por eso dejaron de significar el más adelantado conato de régimen sin propiedad privada, de igualdad socioeconómica —la mayor conocida por el hombre— y de máxima libertad posible. Por lo demás, no hay que perder de vista que la existencia de las colectividades aragonesas del 36-37 sufrió limitaciones e impedimentos<sup>4</sup> de una importancia vital, tales como:

- 1.<sup>a</sup> Estar en guerra —muchas veces en el mismo frente—, lo que les coartaba hasta extremos increíbles toda expansión económica, toda iniciativa inversora, toda justificación jurídica y toda garantía de independencia y libertad.
- 2.<sup>a</sup> Tener a todo el estado español enfrente. Si por unos nueve o diez meses se ejerció contra el Consejo de Aragón una política de hostilidades solapadas, no se sabe qué es peor, porque de haber sido francas y paladinas a lo mejor las cosas se habrían tomado de otro modo y hubiesen podido reventar con otros efectos más sanos para todos. Puede que, de haber sabido lo que Líster *cum suis* preparaban, se habrían pertrechado con tiempo y la «conquista» habría sido bastante más peliaguda. Eso de momento, que en el plano de legalidad política podían haberse arbitrado otras fórmulas de *modus vivendi* susceptibles incluso de prosperar aun venciendo las resistencias comunistas por medios de táctica y estrategia políticas. Pero los libertarios, si eran incapaces de pensar como estrategas, aún estaban más incapacitados para maquinaciones y maniobras políticas. Y así fue como el partido por antonomasia, tan ducho para las más tortuosas intrigas políticas como para llevar todas las fuerzas fieles a la democracia como agua a su molino, se hizo brazo ejecutor del sentir general antilibertario (¡no se olvide, con la anuencia y el más expreso apoyo de las democracias occidentales y del futuro eje totalitario, todos para el caso en un mismo saco o caja de Pandora que se vacía en forma de pogromos antilibertarios, de hecho liberticidas).

Pero remontémonos a los orígenes en que se prepara la mentalidad española libertaria y veamos la lenta y difícil gestación del engendro abortado por la violencia.

---

<sup>4</sup> Es lo que no ha tenido suficientemente en cuenta Julián CASANOVA en su libro-tesis doctoral *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa. 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI («Historia de los movimientos sociales»), 1985, 368 pp. Más grave es, empero, que no haya sensibilizado al lector para captar la grandeza de la revolución colectivista, por haberse orientado *a priori* mediante guías de historiografía marxista, incapaces de sentir esa gran gesta popular de nuestro agro noblemente exaltado por una vez en la vida hasta lanzarse al vacío. En p. 5 figuran los nombres de sus (casi todos marxistas) guías. Menos mal que en p. 320, hacia el final del libro, corrige valientemente al santón Pierre Vilár asegurando que la colectivización aragonesa tiene «también interés histórico» ¡Ya lo creo!

## LA PRERREVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y NUESTROS CINCO OSCENSES

Lo que hace diferente y marca distintivamente para siempre a la revolución española del 36 es la opción libertaria, contra la adopción de la doctrina marxista que ha caracterizado a todas las demás revoluciones que en el mundo han sido, desde la *commune* de París (1871) —precisamente un claro precedente, todavía intuitivo barrunto, de la nuestra—, pero ya quisiera yo que los marxistas hubieran tenido tanto en cuenta las atenuantes del fracaso de la revolución española del 36 como Marx mismo y otros émulos suyos las tuvieron en la revuelta más que revolución de París en el 71. Podríamos aventurar que, en cierto modo, la revolución española del 36 es heredera de aquel movimiento popular parisiense coetáneo de nuestro sexenio liberal, en que se forjó la Primera República española.

Aunque hay coincidencias entre la *commune* y la revolución española del 36, tales como la espontaneidad de una reacción popular de defensa y el marcado municipalismo, también existen diferencias entre ambos movimientos populares: la *commune* tiene un punto de partida coyuntural —revuelta antimilitarista (algo similar a la Semana Trágica de 1909 en Barcelona), pulsiones colectivas de carácter reivindicativo circunstancial—, mientras que la revolución española del 36 venía precedida de una larga y profunda preparación organizativa, ideológica y sobre todo de «gimnasia revolucionaria» (como define J. García Oliver), la cual no podía menos que abocar a la revolución libertaria que, so pretexto de antifascismo, tuvo lugar en el verano de 1936. Tras aquella durísima y prolongada etapa preparatoria nació la criatura revolucionaria porque ya se había cumplido la gestación, no por haberse levantado el ejército y tener que salir a la defensa de la República. Eso sólo fue la ocasión de dar a luz a la fuerza, la cesárea. Pero la CNT, con sus más de dos millones de afiliados y una gran base de sustentación popular formada de simpatizantes, proclives y afines, estaba en condiciones —como quedó bien demostrado— de arrastrar a la gran mayoría del pueblo alertado e inquieto; y así se venció al ejército en Barcelona: más que a los gritos de «¡Viva la República!» (que es lo que gritaban felonamente los sublevados para disimular) a los de «¡Viva el Comunismo Libertario!». Y por eso aquí se puede hablar de «prerrevolución» mientras que allá, en la *Commune*, no.

El mayo francés de 1968 sería algo intermedio, porque si no puede decirse que hubo un período prerrevolucionario de actuaciones y operaciones de signo netamente revolucionario, sí que puede admitirse que le precedió a la asonada una cierta fermentación en la opinión pública hacia la subversión propiciada por los *maîtres à penser* de la hora —Marcuse, Sartre, Camus— y por los movimientos «Provo» y «Kabout» en Holanda y Flandes, más los contraculturalistas en Estados Unidos y los situacionistas en Francia.

Pues bien, precisamente porque se dio ese largo período de gestación prerrevolucionario podemos hablar de punta de lanza en la que insertar a nuestros cinco

oscenses como activos e influyentes pioneros de la inminente revolución. El lugar geométrico de nuestro quinteto es Huesca. Y el momento en que se conjunta nuestra pentáfrica constelación puede ser el quinquenio 1915-1920. Después ya empiezan a dispersarse más o menos definitivamente y cada cual —excepto Acín— seguirá su rumbo, pero sin cortar las amarras del todo de la *Huesqueta* añorada, que les ha dejado a todos como una levadura de inevitables fermentos revolucionarios que van a trascenderles en vida y muerte. El único que sigue en su lugar y ciudad natal es el, también único, Ramón Acín. Sender estará aún un par de años en Huesca, aunque para efectos nuestros como si no estuviera porque su cargo de director de *La Tierra*, tan joven, le impide codearse con los otros —cuando están—, que no en balde se trata de un diario más bien antirrevolucionario. Luego se irá a Madrid, a Marruecos y otra vez a Madrid y a Barcelona, pero Huesca le llama de vez en cuando y sigue viéndose con algunos del grupo intermitentemente, al menos hasta 1933.

Samblancat se encontrará con Alaiz en Barcelona, Maurín tiene su sede y feudo en Lérida, pero antes o después se volverán a ver entre sí y sabrán los unos de los otros ubicados siempre provisionalmente en alguno de los tres ángulos del triángulo eminentemente revolucionario de aquellos años, Madrid-Zaragoza-Barcelona, con sus amplios radios de influencia. Esta conjunción de los cinco astros en Huesca durante la primera guerra mundial viene subrayada y reforzada por el cúmulo de datos y referencias biográficas comunes: los cinco son de familias de la clase media; los cinco tienen el privilegio de pertenecer a grupos bastante cultos y se benefician de poder cursar estudios medios, si no superiores; los cinco se van de la casa paterna muy jóvenes a correr mundo; los cinco han ejercido el periodismo y han sido fundadores, cofundadores o directores de periódicos (ya sean semanarios o diarios y hasta revistas); en fin, los cinco se han volcado en movimientos de izquierda, cuando no de izquierda extrema. En edad se reparten a lo largo de 16 años (1885-1991).

Una vez establecido el tronco común étnico y generacional, de provincia y clase e ideario, nos parece lo más recomendable trazar de cada uno un perfil biográfico-curricular para ensamblar los cinco dedos-dados en una sola mano de conclusiones históricas, por si sale lección provechosa.

### 1. Ángel Samblancat, Costa arriba

Ángel Samblancat y Salanova nace en 1885 en Graus (Huesca), lugar donde moriría Joaquín Costa (1844-1911) dieciséis años después. Este escalonamiento en el tiempo y a distancia de dos generaciones se reproduce entre estos dos leones grausinos en su trayectoria socio-política. Porque si Costa está tocado por la gracia de la Institución Libre de Enseñanza y por la «desgracia» del 98, Samblancat siente la conmoción vanguardista del *inter bellum* y rebasa con mucho las posiciones libera-

les krausistas y puritanas de la mentada Institución,<sup>5</sup> aunque jamás haya escrito nadie tanto ditirambo procostista como él, *verbi gratia* en su panfleto *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*,<sup>6</sup> y aunque él mismo rinda tributo a las bases federalistas del hijo de Monzón.

Pero es el verdadero hijo de Graus el que se entrega en cuerpo y alma al federalismo republicano (o viceversa) que Costa sustentivara, pero Samblancat en la praxis política y dentro del único partido federalista que ha existido en la historia española. Y lejos de caer, como el maestro, en tentaciones de despotismo ilustrado, Samblancat evoluciona en su vida por la senda de la libertad adelante y sin parar, empeñado cada día más hasta su muerte en ser libre y hacer libres a los demás o en llevar su federalismo al asambleísmo, la forma más idónea para tomar decisiones en democracia; y hacia el municipalismo, la unidad más sólida y natural de una sociedad creativa en la diversidad de una red universal de *polis* rumbo a la utopía.

Siendo aún niño Ángel Samblancat, se trasladó su familia a Barcelona; en esa ciudad estudió Derecho, carrera que no acabó hasta mucho después (en todo caso, parece seguro que la había acabado antes del advenimiento de la Segunda República española). En 1931 era, en efecto, abogado, cuando fue elegido diputado a Cortes por el Partido Republicano Federal, del que fue uno de los fundadores. Durante la guerra civil española actuó de magistrado en el Tribunal de Casación de Cataluña. Al fin de la contienda pasa a Francia, donde se gana la vida como traductor, hasta que en 1942 logra embarcar para Méjico y allí, no sólo sigue traduciendo, sino editando libros suyos y colaborando con artículos y columnas en la prensa afín,<sup>7</sup> hasta su muerte, que tiene lugar en Méjico capital el 24 de febrero de 1963.

Como destacado periodista político, fue redactor y hasta director de muchos periódicos mejicanos y sobre todo del exilio español. En su calidad de escritor de «creación», ha dejado una larga lista de novelas y cuentos de contenido socializante con frecuentes apuntes de corte tremendista o de escuela naturalista, no sin alguna que otra expansión de erotismo asaz atrevida para la época y frecuentes escapadas de retoricismo inimitable, dando a menudo en esos trances el deplorable paso de lo sublime a lo ridículo. Hasta ahora no lo he visto mencionado más que en el volumen VI de *Historia de la Literatura Española*, dedicado al siglo XX y redactado por el hispanista británico G. G. Brown,<sup>8</sup> quien lo despacha en media línea y aun hablan-

<sup>5</sup> Cfr. mi libro *La literatura española y sus ostracismos*, cap. «La Institución Libre de Enseñanza», en *Cuadernos de Leiden*, n.º 7 (1981), p. 34.

<sup>6</sup> Méjico, Ed. Orbe, 1944. Más adelante transcribimos un fragmento del mismo.

<sup>7</sup> Los periódicos que recuerdan su estilo único, de un barroquismo a veces intolerable pero siempre rezumando ironía cuando no sarcasmo y humor negro, son principalmente: *El Mercantil Valenciano*, *La Campana de Gracia*, el bilingüe *El enemigo del Pueblo* (o *Enemigo del poble*), *La Tierra*, *El Motín*, *Los Miserables*, *El Diluvio*, *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, *CNT*, etc.

<sup>8</sup> Barcelona, Ariel, 1970.

do de otro (Joaquín Arderius), poniéndolo como ejemplo más bien negativo.<sup>9</sup> Es bien magra cosecha.

Ángel Samblancat es recordado como hombre de fuertes arranques y nobles ambiciones. Felipe Alaiz, en la semblanza que le dedica en su libro *Tipos españoles*, le llama «el evadido de Jericó» (ya se sabe: el lugar de las trompetas, las murallas tumbonas y el sol parado como un esparver en el cielo). Gran estudioso, incluso con pruritos de humanista cabal por un lado y, por otro, hombre de acción y pasión, valiente y en sus buenos momentos arrollador tribuno. Como gran conocedor de los clásicos, admiraba a los mejores satíricos entre ellos, pero también a los modernos, preferentemente románticos. Sus modelos eran Luciano (de quien tradujo directamente sus *Diálogos de las Cortesanas*), Rabelais, Gracián y, ya más cerca, Joaquín Costa (¡no faltaba más!); aún más entrañablemente admiraba a Eduardo Barriobero, su maestro, quien además de haber sido un abogado de los grandes tuvo el rarísimo mérito de defender por principio a los libertarios. Barriobero,<sup>10</sup> por otra parte, fue el introductor de Rabelais en España.

Ángel Samblancat era un hombre de gran complexión, tipo atlético, boca menuda y braquicéfalo. Tenía fama de gran memorión, la cual, a juzgar por la prodigiosa riqueza de su vocabulario y el denso trufado de alusiones culteranas, cultu-ristas y subcultas de todo tiempo, lugar y calaña, en sus escritos, nos parece bien merecida y probada.

Para abundar ahora en nuestro objeto de conjunción de oscenses prerrevolucionarios, veamos cómo empieza Felipe Alaiz la semblanza ya referida de Ángel Samblancat, entonces su coetáneo colega y casi correligionarios (1935) y después

<sup>9</sup> Dice Brown: «Joaquín Arderius [(1890-1969, Lorca-México), pero entonces no había muerto aún y el manualista no podía poner más que la 1.ª fecha], por ejemplo, parte de los presupuestos ideológicos de la novela erótica a lo Trigo y de un absurdo mundo de degradación que recuerda al peor romanticismo de Gorki (aspectos en los que sus relatos se equiparan a algunos de Antonio de Hoyos y Vinent y a todos los de Samblancat)» (G. G. BROWN, *op. cit.*, p. 109) y aún cabe la duda —añado yo— de que sea este un detalle de la cosecha de J.-C. Mainer, a cuyo cargo está la edición española.

<sup>10</sup> Transcribo la ficha biográfica de este gran defensor del Derecho en la Libertad (tanto como de la Libertad en el Derecho) que leo en la obra del autor libertario Pedro VALLINA «Mis memorias», Caracas-México, 1968, pp. 74-75: «Barriobero y Herrán, Eduardo; abogado y escritor español, nació en Torrecilla de Cameros (Logroño) en 1880. Bachillerato en Logroño y Derecho en Zaragoza, donde a los 15 años fundó la Juventud Republicana Federal, profesando desde entonces las doctrinas de Pi y Margall. Periodismo y Literatura en Madrid. Y en 1907 proceso por delito de imprenta en el que se defendió él solo. A partir de ahí, defensor de sindicalistas en muchos procesos incoados en Barcelona. Ha sido vice Gran Maestre y Gran Maestre interino del Gran Oriente Español, diputado a Cortes por Madrid (1913) y posteriormente por Valverde del Camino (Huelva). Ha tenido que refugiarse en Francia dos largas temporadas y ha estado once veces en la cárcel (la última vez durante la dictadura de Primo de Rivera, desde setiembre de 1927 hasta 1928. Ha publicado unas 23 novelas, dos ensayos críticos, una comedia lírica y varias recopilaciones y estudios de Derecho, más algunas biografías. Como hombre de letras, su contribución quizá más conspicua es haber introducido en España a Rabelais; pero como hombre, el haber arrebatado al verdugo muchos luchadores —la mayor parte ácratas— y haber salvado a muchos más de las ergástulas de la reacción. Presidió la Oficina Jurídica de Cataluña y formó parte del Tribunal Popular de Barcelona en nombre de la CNT, con su correligionario y escritor tan fecundo como barroquísimo Ángel Samblancat. Murió Barriobero en el exilio, pero no sé dónde ni cuándo».

francamente uno y otro en las mismas filas, si es que a Alaiz se le puede «enfilarse» en algo:

Me decía un día Maurín que Samblancat nació en un entreacto. De nacer 10 años antes sería un líder republicano, y si hubiera nacido 10 años después sería un líder obrero.

Ya tenemos en esta cita a tres de los cinco que llevamos entre manos. Pero sigamos y veremos cómo le contradice Felipe a Joaquín sobre Ángel. Y de paso damos una muestra anticipada del gracejo elíptico-irónico que caracteriza el estilo de Alaiz:

Estas palabras significan que Maurín no conoce a Samblancat. En la ancha y yerma España hay muchos auditorios amojamados por la espera redentorista de Jericó y el humo de salva. Alguno de esos auditorios ofreció tribuna a Samblancat para que dijera éste la buenaventura. Diez o doce mil bienaventurados esperan siempre que alguien les diga «resalao» y otras mentiras por el estilo. Samblancat salió del paso con ingenio. Habló con palabra ácida y empleó un estilo oratorio tan furtivo y de escapadizo que los bienaventurados quedaron un tanto rotos. El estilo periodístico de Samblancat es remolón y el oratorio tajante. Por la prisa que tenía de acabar hacía chocar una palabra con otra. Era aquello un choque de trenes y los bienaventurados de Jericó quedaban algo deteriorados. Un hombre así no puede ser ministro, ni comisario, ni gobernador; y si fue diputado también lo fue Costa; y también Costa se desengañó después de serlo. Tal vez dijera José Ortega y Gasset por Samblancat que en el parlamento había jabalíes. Otra incongruencia. El jabalí no liga con las tórtolas. Pero Samblancat no es un jabalí y Ortega es una tórtola. Samblancat no es parlamentario y este es un crédito superior al que pueden alegar todas las tórtolas de Jericó.

Ya se ve aquí qué es Jericó para Alaiz: la patria de los que quieren y esperan ser salvados, de los que creen en el milagro de que se para el sol en su carrera sin descubrir que es su *wishful thinking* lo que se convierte en alucinación colectiva.

He aquí, ahora, un par de cláusulas de Alaiz sobre el escritor Samblancat:

La riqueza de léxico de Samblancat se destaca con tal esplendidez que a veces parece un fajo de sinónimos ofrecidos por Ángel diciendo: «Elige el que quieras». Cavia era mucho más angosto en las construcciones y en el léxico, porque sacaba punta de los modismos sabidos y consabidos de los clásicos, singularmente de Quevedo y de algunos rezagados comentaristas de la picaresca. No es raro que el aragonés pele la barba al castellano en mejor vaciado de navaja que los castellanos mismos. Aragonés era Cavia; aragonés era Gracián, que escribió la primera geometría lingüística del mundo con su *Agudeza y Arte de Ingenio*; aragoneses eran los hermanos Argensola, que según el dicho clásico subieron a Castilla desde Barbastro a enseñar castella-

no a los castellanos; en tierra inmediata a Aragón se fragua el castellano y hay hoy mismo en Aragón términos peculiares que figuran en el *Mío Cid* y no se usan en Castilla... En los recodos del estilo de Samblancat se advierte la huella del gusto popular con salsa latina. No en vano está el autor compenetrado con la amplia latinidad de Marcial —aragonés también— y es enemigo de la canija y morosa latinidad de misa y olla, muy capaz de poner puntos suspensivos en el Epitalamio de Catulo y de cortarles las alas a Petronio, pero incapaz de comprender lo eterno de la fugacidad latina descreída hasta en Horacio a pesar de su servilismo cuando decía que era más fácil topar en Roma con un dios que con un hombre. Tantos dioses había allí que llegaron a cotizarse un par de ellos por un par de palomos. Aún eran caros los dioses, por supuesto. Samblancat escribió unas cuantas novelas con ingenio periodístico sin gran preocupación por el enlace formal de unas escenas con otras. En cambio, tiene centenares de artículos periodísticos que, naturalmente, se casan unos con otros resultando como tableros machifembrados... Acostumbrado a la construcción periodística, Samblancat hizo novelas, no en quince capítulos, sino en quince artículos. En variantes de diálogo y descripción, en recursos de astucia sana para expresar estados de múltiple signo, aquellas novelas son pequeñas obras maestras, obras de un fugado de Jericó.<sup>11</sup>

De las cinco corrientes que cada uno de nuestro grupo encarna, la de Samblancat corresponde fundamentalmente a la del federalismo. Sabido es que la fórmula federalista nos viene y no nos viene de Proudhon, como tantas otras cosas que España ha adoptado antes de llamarse tales, *verbi gratia*: el romanticismo que ha vivido más que ningún otro pueblo sin saberlo —como monsieur Jourdain de Molière, que hablaba en prosa y él en la inopia— o el surrealismo que han inventado los franceses pero que en España e Hispanoamérica ha existido siempre con más o menos arte y ciencia. Pues bien, ideológicamente formulado, nos llega el federalismo por vía del traductor al español de la obra de Pierre Joseph Proudhon (1809-1869), Francisco Pi y Margall (1824-1901), primer presidente que fue de la Primera República en España. Por cierto que otro francés, el gran sabio geógrafo libertario, Elisée Reclus (1830-1905), gran conocedor de España y de los españoles, ha escrito esta frase que lejos va y de lejos viene:

El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar a punto de triunfar y llegó hasta a ser generalmente acogido este concepto federalista por cierto tiempo y llevó al poder a un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pi y Margall, uno

---

<sup>11</sup> Todas las citas son del segundo tomo de *Tipos españoles*, pp. 159-165, editado en París por Ediciones Umbral —como su única novela, *Quinet*—, en 1965.

de los pocos hombres a quien el ejercicio de la autoridad no pudo corromper.<sup>12</sup>

Pero buscando más a fondo, el federalismo se rastrea en España en todos los tiempos históricos gracias a la labor de descubrimiento e identificación sociopolítica de nuestra historia llevada a cabo por el gran polígrafo oscense Joaquín Costa Martínez (1844-1911), quien nos pone en bandeja los cimientos y cursos histórico-jurídicos y consuetudinarios del sustrato federalista hispánico. No por nada el mismo Samblancat se expresa en estos términos en un panfleto ya citado:

Había ese ideograma, entre nosotros, empezado a ser fáustico, a fosforarse y a tener vitaminas con Pi y Margall. Pero, el federalismo, que no sale de su estado fetal y larvario, hasta que se perimetra y se objetiva en la Confederación Catalanoaragonesa, es un continente y una medida de capacidad, pero no el grano que dentro de ella aguarda el mañana feliz de la germinación. El federalismo es un continente, como América; es decir, una extensión, una espacialidad, una tempestividad, una contingencia. Es un continente y puede tener a derecha e izquierda mares perlíferos y de coral, pero no pescado que lo valga; y desembocar en un desilusionante vacío, en la oquedad de una cámara neumática o llantera. Puede de él escamoteársenos el yo y no dejársenos más que la circunstancia.

La República no comenzó entre nosotros a perfilarse con contorno artístico, a tener verdaderamente cara y ojos, tactilidad caliente y mollar bajo la vaporosa y aeriforme túnica, hasta que salió de manos del escultor miguelangelesco ¡qué miguelangelesco! julioantoniano, hasta que salió del hacha en centellas, del filo del hacha del tallador de robles de Ribagorza. Esa idea no fue potenciada, maternizada, medulada y nucleada; no se activó y sustantivó, no se convirtió en una presencia, en una vigencia o, como se dice hoy, en una vivencia, hasta Costa.<sup>13</sup>

Naturalmente, el federalismo de Samblancat va evolucionando desde el esquema de sus maestros Proudhon, Pi y Margall o Barriobero hasta la praxis cenetista, hasta la experiencia inmadurada e inmadurable del ensayo colectivista-municipalista-confederalista del 36-37 y especialmente en Aragón. Aunque ni siguiera llegó a ensayo general, lo poco realizado apuntaba hacia unas estructuras netamente federalistas, fundadas estrictamente en la solidaridad pactada entre pueblos, comarcas, regiones, naciones y continentes. La idea nuclear del federalismo es el pacto, ya es sabido (*foedus-eris*, pacto, contrato bilateral, sinalagmático, recíproco), pero con la enorme salvedad de que no deberá jamás ser pacto obligado desde

<sup>12</sup> Elisée RECLUS, *La Commune de París y el federalismo español*, Toulouse, Ed. «Tierra y Libertad», 1947.

<sup>13</sup> Ángel SAMBLANCAT, *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*, ed. cit., p. 10.

posiciones de fuerza, sino alianza voluntaria emergida de la razón y ejecutada con todas las garantías de una igualdad sin más raseros que los de la solidaridad o del apoyo mutuo. Si se me permite rebasar a Samblancat, como lo hizo él mismo con Costa, yo diría que esa utopía sólo se alcanzará cuando dicha solidaridad disponga de automatismos legales y constitucionales mandamientos con que toda desigualdad insolidaria se haga imposible por repudio universal consensuadamente hecho código.

En todo caso, Ángel Samblancat Salanova irradia en la prerrevolución española marcadas influencias con su enorme presencia sobre todo un despliegue de fuerzas humanistas que se extienden desde las vanguardias artísticas hasta la minusculización verificante de la falsa Justicia con mayúscula, pasando por un aparato literario insólito y especioso, siempre puesto al servicio del pueblo que ha sabido ponerse de puntillas para estar a la altura de sus élites.

Pero sería imperdonable una presentación de Samblancat sin hacer mención de su papel como hombre de derecho revolucionario. Muchos se sorprenden al saber que fue uno de los fundadores de aquellos tribunales populares de Barcelona, sin saber que su ecuanimidad se puso al servicio de la doble causa de castigar por un lado a la quinta columna y de frenar y, a poder ser, impedir la actuación de aquellas «checas» que impartían una «justicia» staliniana, no menos injusta y cruel que la del otro lado. Sobre el capítulo de la justicia revolucionaria se podría escribir mucho (y no todo bueno para los llamados revolucionarios). En la obra *La CNT en la revolución española*, de José Peirats,<sup>14</sup> pueden leerse las tropelías y asesinatos que cometieron los «mandados del Kremlin», pero a partir de la noticia aparecida en *Solidaridad Obrera* de Barcelona el 12 de agosto de 1936 y que decía: «El conocido periodista y abogado Ángel Samblancat se incautó ayer del Palacio de Justicia, suponemos con el propósito de sanear la morada de la “justicia” burguesa», podemos darle la palabra a nuestro grausino:

Uno de los primeros días de agosto de 1936 por la mañana, al franquear el portalón izquierdo del Palacio de Justicia de Barcelona, encontré a un responsable de milicias, que iba al frente de una pequeña partida armada, discutiendo acaloradamente con el teniente de la Guardia Civil, jefe del zaguante de Palacio. El diálogo que sostenían los interlocutores era poco más o menos del tenor que sigue:

*Responsable de la Patrulla:* Esta es la cueva más infecta de fascistas de Barcelona y vengo a limpiarla, a hacer en ella una ligera operación de policía, como dicen ustedes.

—*Civilón:* Para practicar registros en este templo de los considerandos necesitáis un volante del Consejero de Gobernación.

<sup>14</sup> José PEIRATS, *La CNT en la revolución española*, Paris, Ruedo Ibérico, 1971, t. II, cap. XVIII.

—*Patrullero*: Los primeros traidores están en el gobierno. Quien me ha comisionado es el Comité de Milicias. Saqué hecha una criba la chaqueta en las bagarras del 19 de julio y no estoy para pamplinas protocolares. Conque yo barro con todas las armas que tenéis ocultas y me llevo amarrados a todos los pillos que desde detrás de la barricada de sus expedientes y sumarios hostilizan a la revolución.

Conocía yo al buen mozo —espigado y dorado— que hablaba tan en plata y me atreví a terciar en la polémica dirigiéndome al miliciano amistosamente:

—Permíteme, compañero. ¿Quieres suspender 20 minutos nada más las diligencias que te han encomendado, mientras voy a Pedralbes y vuelvo?

—En atención a ti, no hay inconveniente. Pero date prisa, que lo que he de hacer no tiene espera.

Conté a Santillán y a los representantes de la CNT lo que pasaba en el Palacio de Justicia, donde pululaban más tricornios que de costumbre.

—Estamos al tanto —me dijeron—. Los muchachos cumplen órdenes nuestras. Se ha de fumigar esa madriguera de reptiles, quiera o no la Generalidad. A propósito: ¿por qué no te haces cargo tú de aquel caserón? Te extendemos el correspondiente oficio enseguida. Echamos de allí a todas las ratas. Ampárate en el personal nuevo que hayas de menester. Te vas a la Barriada Centro y Orts pondrá a tu disposición 30 fusiles. ¿Tienes bastante? Que te den los que quieras. Toma tu credencial y este papelito para Orts. Te acompañará Patricio Navarro.

Me erigía el pueblo en armas, árbitro de la justicia de Cataluña y había de hacerse su voluntad. Me uní en el Paralelo a la veteranía de la Barriada del Centro y me encaminé al Palacio de Justicia.

—¡Qué!— exclamó, triunfante, mi miliciano al verme llegar con refuerzos de consideración.

—Continúa los cacheos, ocupa todas las armas que encuentres y detén a los tunantes que llevas apuntados en la lista.<sup>15</sup>

Y así quedó constituido el sistema de tribunales populares de iniciativa revolucionaria, compuestos por representantes de las organizaciones y partidos antifascistas bajo la dirección de jurisconsultos tan sabios cuanto próximos al pueblo —tales como un Samblancat o su maestro Eduardo Barriobero— y más tarde gracias también a Andrés Nin, que fue nombrado consejero de Justicia de la Generalidad, aunque por desgracia fue bien pronto víctima de la otra *soi-disant* revolucionaria justicia, la que imponía impunemente en España la soviética secreta

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 77-78.

OGPU. Con Nin se inaugura en España esa macabra fórmula de «desaparecido» que tanto explotarían más tarde los dictadorzuelos de Chile y Argentina. Ya no reaparecen ni los cuerpos. Ni rastro. Pero no por eso es el crimen menor ni menos odioso.

La cita de Samblancat me recuerda que tan pronto tomamos el cuartel de Pedralbes, el 19 de julio de 1936, instituímos un comité de Justicia para evitar venganzas personales y cualquier intento de «tomar la justicia por su mano», porque sin saber a qué razones se debía nuestro temor el caso es que sentíamos esa necesidad de evitar las *vendettas* personales y los actos de violencia y homicidio arbitrarios. Según parece, aquel embrión se afianzó y —criatura hecha— llegó a haber en Pedralbes —como ya apunta Samblancat— un comité de Justicia Popular. ¡Cuántas víctimas de la Némesis cruel se habrán salvado gracias a esa iniciativa!

Podemos avanzar ya que Samblancat es, de los cinco, el que mejor y más cabalmente acaba su carrera de hombre público prerrevolucionario, habiendo dado de sí todo lo que podía esperarse. De joven ya influye en dos vertientes de máxima importancia en la vida social: la política (y no politiquería) y la cultura. En ambos terrenos está siempre a la punta y, en el primero, cada año más puesto que, desengañado de la política institucional —tras su experiencia de diputado, que ni le hace sentirse representante ni representado a causa de que la representación la escamotea el hecho de que a los diputados los nombren los partidos y no el pueblo—, se va abriendo más y más a la praxis de la acción directa y a la idea de que el primer enemigo del hombre es el poder. Esta última idea la compartirá con los libertarios, como ya nos lo ha dado a entender él mismo en el corto fragmento transcrito del informe de más de seis páginas que le mandó a Peirats sobre su gestión de hombre de derecho en Barcelona. Y en el terreno de la cultura —que es la única salvación del hombre—, ya en su juventud estuvo y participó con las vanguardias barcelonesas, tanto catalanas como «charnegas». Uno de los timbres de gloria es para mí su colaboración tan estrecha con el gran poeta catalán Joan Salvat-Papasseit (1894-1924); pero Samblancat escribió en no pocas publicaciones periódicas tocadas todas por la gracia (humoristas) o por el rayo de la rebeldía, tan fulminante como alumbrador. Pues bien, toda esta labor de preparación desde el periódico y la tribuna resulta coronada por su final de renovador del Derecho en la revolución española, junto con un Eduardo Barriobero al que deja en su puesto de máximo dirigente del Palacio de Justicia barcelonés, de un Andrés Nin que renueva de arriba abajo la consejería de Justicia que un tiempo encabeza y de un Juan García Oliver quien, desde su puesto de ministro de Justicia, dicta una amnistía general para empezar (cosa absolutamente única en nuestra historia) y arbitra decretos y ordenanzas con que la vida penitenciaria se realiza al fin como quería nuestra gran penalista Concepción Arenal, aunque con más libertad y sin caridades innecesarias.

Los otros cuatro, en cambio, no acaban de coronar tan bien su biografía prerrevolucionaria: Alaiz permanece en la guerra relegado a la dirección de *Acracia* en

Lérida, que es casi como un ostracismo; Acín es asesinado a poco del golpe militar; Maurín queda atrapado en Galicia y se ve cortado de raíz de toda actividad pública para siempre, y Sender —como ya hemos dicho tantas veces— justo antes de la revolución se cambia de una posición sociopolítica que resulta equivocada y en ese gran momento histórico no se encuentra con los que habría querido estar en el fondo, con los libertarios, perdiendo la ocasión de su vida como posible mentor del más importante movimiento popular español, la CNT, en su momento cumbre e irreplicable.

Samblancat, en cambio, se fue acercando tanto a este movimiento que al final se confundió con él y, aun en el exilio, siguió escribiendo en su prensa hasta su muerte.

## 2. *Felipe Alaiz, clara voz que no suena pero que resuena*

Nació Felipe Alaiz de Pablo el 23 de marzo de 1887 en Belver de Cinca (Huesca), a cinco kilómetros río arriba de Albalate de Cinca, pueblo natal de la familia de su madre y en la que siempre estuvo afincada la suya propia. Por eso él mismo se consideraba albalatino y ese pueblo aparece tanto en su obra, lo que da pábulo a que más de uno lo tome por su propio pueblo natal (como ocurre en el caso de Sender, cuya familia tenía su origen y hacienda en Alcolea de Cinca; así, se le hacía hijo de esta villa cuando de hecho nació en Chalamera de Cinca, a tres kilómetros de Alcolea, a donde no pasó a vivir hasta sus dos años al ser nombrado su padre secretario del Ayuntamiento de esa villa, entonces de unos 3.000 habitantes). Su madre, «doña Felisa», era de casa solariega notable y su padre, de quien toma el nombre nuestro Felipe, era un capitán de Infantería que había hecho la campaña de Cuba y, para rehacerse de tan tremenda experiencia, fue a retirarse a la ribera del Cinca, muriendo en su casa de Albalate cuando nuestro escritor era todavía muy jovencito. El padre habría querido que fuese oficial de la Marina, pero tuvo que desistir bien pronto de esa idea por razones de complejión física (estatura). En todo caso, la temprana muerte del padre deja al joven estudiante libre y señor de su vida y hacienda. Poco a poco va abandonando los estudios académicos (que había cursado en Lérida, Huesca y Zaragoza) y se dedica al periodismo medio militante y bohemio, sobre todo por la pasión de escribir que le dominará toda su vida. Pasa por alternativas tan dispares como la de colaborador de un periódico aragonésista en Zaragoza o la de compañero de viaje de una familia gitana en Tarragona por amor a la «Carmen» que engalanaba la casa-carromato, a la cual incluso llegó a presentar a su familia.

No tardó en encontrarse a gusto con los anarquistas y su vida de periodista al servicio de la causa ácrata le llevó a vivir a Huesca, Zaragoza, Tarragona, Barcelona, París, Sevilla, Madrid y de nuevo a Barcelona, donde vivió más tiempo que en ninguna otra parte, para ir a parar ya en la guerra a Lérida, al feudo de

Maurín pero sin Maurín, como director de *Acracia*, que a su llegada se convierte de semanario en diario. En fin, según Peirats, lo último que hace en las postrimerías de la guerra, antes de salir al exilio, es dirigir la revista *Hoy*, del sindicato de la Madera (producción socializada). En el exilio hubo de sufrir el indefectible campo de concentración, que para él fue de los llamados «de castigo» —; como si fuera un hombre peligroso, Felipe Alaiz, tan eutrapélico y bonancible él!—; luego permaneció en el Midi de Francia (sobre todo en Ariège-Varilhes) hasta su marcha a París, donde muere el 8 de abril de 1959 en un hospital de Montparnasse, solo —si exceptuamos alguna visita, antes de morir, de un par de amigos de Albelda (Huesca)—.

No voy a hablar mucho aquí de Felipe Alaiz, sobre quien ya he escrito en dos libros.<sup>16</sup> Sólo realizaré un par de consideraciones enfocadas a nuestro objeto de demostrar la influencia que Alaiz pudo ejercer en la preparación de la revolución del 36.

Felipe Alaiz era un pícnico caracterizado, con un mecanismo mental que diríase le «producía» juicios de valor expeditivos muy personales, bastante inestables cuando no gratuitos, lo que no le impedía estar en posesión de una gran agilidad mental y de una sobresaliente memoria. Era muy casero, como digo, eutrapélico<sup>17</sup> (amante de los placeres más sanos y simples, de la alegría familiar, del moderado jolgorio de la plazuela aldeana) y frugal por naturaleza; muy poco contemplativo, pero muy ordenado, limpio y nada presumido —un *antidandy* y un *antisnob*—, amigo de compañía —pero poca— y enemigo de la gente en masa —el mitin era una de sus fobias, así como el «romanticismo», el matrimonio y todo lo académico—.

En efecto, Felipe Alaiz vivió siempre con extrema sobriedad, aun siendo a su manera sibarita. Y es que partía del principio tan andaluz de que es mejor gastar menos para no gastarse que gastarse para gastar más. Pero no por querer vivir con cierto recogimiento de solitario (a poder ser nunca sin mujer a mano, por descontado) hay que deducir que fuese humilde asceta o visionario estoico. En su recóndito orgullo (para sus más próximos no tan recóndito) se decía a sí mismo que podía ser esto o lo otro pero que «se permitía el lujo de no querer ser nada». Y, aunque nos duela, hemos de confesar que Felipe Alaiz no hizo —ni mucho menos— todo lo que habría sabido hacer y lo que cabía y debía esperarse de él. Puede que el hecho de haber sido un hijo mimado, pero un hijo mimado no con zalemas sino con pruebas de abnegación y respeto, que es más importante —para su madre era la niña de sus ojos y para sus tres hermanas contaba mucho más la gloria de tener a un hermano con talento que sin ambiciones, de modo que lo dejaban a sus anchas, que por algo eran las tres muy independientes también—, más el de haberse sentido ya

<sup>16</sup> FRANCISCO CARRASQUER, «Samblancat, Alaiz y Sender, tres compromisos en uno», en *La verdad de Ramón J. Sender*, Leiden-Tárrega, Ed. Cinca, 1982; y, muy especialmente, *Felipe Alaiz. Estudio y antología por Francisco Carrasquer del primer escritor anarquista español*, Madrid-Gijón, Ed. Júcar, 1981.

<sup>17</sup> Véase mi artículo «La eutrapelia de un aragonés irreductible: Felipe Alaiz», *Andalán*, 360 (1982), pp. I-VIII.

de muchacho «el amo de la casa» y el de haberse criado en un absoluto *laissez faire*, *laissez passer*, tal vez todo esto, digo, lo hubiese dejado inhibido para el esfuerzo continuado con un objetivo. El caso es que, si inhibición hubo, la estuvo *racionalizando* (que diría un psicoanalista) toda su vida; con talento, no lo niego, pero a fin de cuentas sin razón creo yo —y conmigo otros, como su émulo José Peirats, que fue quien le reprochó que no hubiera escrito una obra ejemplar, una obra para la posteridad, como podría haberlo hecho—.

Pero este último fallo, del cual él mismo era el primero en ser consciente, no es tan definitivamente importante para nuestro caso porque no nos interesa tanto una obra de influencia a largo plazo como la ejercida sobre la marcha, a caballo de la historia prerrevolucionaria que nos ocupa. Representa Alaiz el más vivo contraste de Samblancat: aquel gran corpachón con sombrero, aquel vozarrón tribunicio, de humorismo retórico, de facundia barroca, de dadaísta inventiva del grausino campechano *versus* Felipe Alaiz, hombrecillo bajito y regordete, con boina, antitribuno y antirretórico, antirromántico y antibarroco, de elíptico humor e inapercibida presencia. Apenas se le ve y apenas se le oye. Apenas suena su nombre, pero su palabra se hace oír y sus ideas resuenan, tan clara aquella como estas clamorosas y aun atronadoras, sordamente atronadoras como mar lejano. No está su nombre en los manuales de literatura ni en muchas enciclopedias (figura en la Espasa un tal Alais argentino, pero no nuestro Alaiz), excepto —menos mal— en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* o en la *Gran Enciclopedia de España*. La única muestra de reconocimiento *oficioso* de su talento de escritor se la brindó Ortega y Gasset desde *El Sol* invitándole a colaborar, lo que duró muy poco. Y, sin embargo, podía haber dado lecciones a muchos literatos renombrados. Porque pocos son los que ostentan un estilo tan rico como Alaiz, que me he atrevido a definir de *clásico*, *claro* y *clástico*,<sup>18</sup> de *impresionista* de su tiempo y de *humor* atemporal.

Y, sin embargo, no suena, no ha sonado Felipe Alaiz en las convocatorias de escritores hispanos. Y particularmente yo creo que por estas tres razones:

—Por su miedo al éxito, al mundo de los salones y academias, a los actos de premios, distinciones y honores, como han indicado Sender, Peirats y otros muchos que lo conocen también.

<sup>18</sup> Es una asociación fonética aliterante, pero la mantengo en serio porque la tercera y más extraña palabra me sirve a las mil maravillas para definir el estilo de Alaiz, dado que, en efecto, una de las más individualizantes características del estilo alaiziano es, precisamente, la de ser *clástico*, o sea, fragmentario y fragmentado adrede, roto a menudo y desarticulado alguna vez. El mismo Felipe ALAIZ dice en su «Justificación» de *Quinet*, Paris, Ed. Solidaridad Obrera, 1961: «La segunda parte es de estilo absolutamente distinto, fragmentario y suelto». Y aquí se refiere a una técnica premeditada, pero si Alaiz ha permanecido en el periodismo —«y con mucha honra!», que diría él—, sin salir al campo de las grandes obras, fuese ensayo, novela o teatro (muchas veces he pensado que tenía condiciones para ser un buen dramaturgo o comediógrafo más bien, porque sin saberlo intuía en él capacidad impresionista y de síntesis superficial: un teatro, pues, de rápido diálogo fulgurante, escenas de color, frases benaventinas con contenido de un Bernard Shaw más lacónico), si no ha salido del «mariposeo» periodístico, repito, ha sido por su falta de ambición. Creo que la prueba definitiva de su *clasticidad* nos la da el hecho de que haya dejado sin acabar tantos trabajos y de que haya hecho tantos tan cortos y tan ligeros o frágiles, quebradizos.

—Por su consustancial pereza. Escribía demasiado en la cama y en la cama se hace muy penoso, si no ya imposible, escribir nada serio, llevar a cabo la redacción de un libro bien documentado y estructurado con precisión.

—Por su autodidactismo y, por lo mismo, por ser enemigo del rigor científico, a pesar de lo que admiraba a los grandes científicos como Costa, Ramón y Cajal, Asín Palacios, Moneva, Reclus, etc.

Pero, ¿a quién destinaba su obra Felipe Alaiz?, podemos preguntarnos ya. ¿Escribía para el lector medio, para el público inculto, para la intelectualidad? Él nos contestaría rotundamente que escribía para el pueblo y el mayor contingente del pueblo lo constituyen los iletrados, semianalfabetos o analfabetos del todo. Pero nos parece difícil, si no ya imposible (¡de veras!) saber si su estilo tiene un destinatario. Yo no lo creo, no es estilo para una clase, siendo tan clásico... o por eso mismo. Tiene la distinción propia de un intelectual y la llaneza del castellano rural español. No evita la elegancia por miedo a ahuyentar al lector medio ni sacrifica el léxico preciso, por técnico y culto que sea, en aras a la más fácil comprensión. Él diría «facilona», con razón. Pero el caso asombroso es que no ahuyentaba a nadie. Una vez más vemos comprobado cómo muchos subestiman la capacidad intelectual del llamado «pueblo bajo», porque diciendo las cosas como hay que decirlas, si se quiere ser exacto y no pecar de pedante por un lado ni de zafio por otro, la gente entiende. Porque a Felipe Alaiz lo entendían los viejos destripaterrones «sin letra», que lo oían como se oye un romance y mejor que un pregón. Alaiz sabía llevar a su auditorio rural a un estado necesitado de pensar y lo más probable es que aquellos labriegos que lo escuchaban, cejjuntos pero embelesados, al día siguiente en el tajo arando, cavando o segando rumiarían las palabras de aquel artículo portadoras de ideas que les ponían un abejorro en el cerebro. Insisto en esto del auditorio rural por haber sido mi experiencia en el pueblo de joven. Y me figuro que serían decenas de miles y miles los trabajadores agrícolas y fabriles que esperaban la lectura de un artículo de Felipe Alaiz como el santo advenimiento. Por eso digo que no suena pero resuena la palabra alaiciana. Podríamos apostar a que serían poquísimos los autores españoles que tuviesen más audiencia que Alaiz, sin contar el público lector de primera mano, que no en balde se imprimían decenas de millares de ejemplares de la *Soli* y ha sido el M. L. el que, con enorme ventaja, ha publicado más portavoces, revistas culturales y semanarios locales o del ramo.<sup>19</sup>

¿No puede haber sido toda esta labor periodística revolucionaria una contribución de primerísimo orden para despertar conciencias y preparar la mentalidad de los trabajadores del campo y la ciudad a dar el gran salto? ¿Que fue un salto al

<sup>19</sup> Bueno será precisar aquí un poco este aspecto. Según la exhaustiva relación, debidamente registrada título por título, que nos presenta el historiador y prohombre de la causa foral navarra Víctor Manuel ARBELOA en su trabajo «La prensa de España (1869-1899)», *Revista del Trabajo*, 30 (1970), de las 979 publicaciones por él catalogadas el 58,75% eran anarquistas, el 16,28% socialistas y el resto «eclecticas», «profesionales» o católicas, con la salvedad de que, después de abril de 1936, se incrementó aún este porcentaje.

vacío? Lamentablemente, pero no será por error y omisión de nuestros cinco oscenses, sino por la caterva de escritores e intelectuales de toda laya que se inhibieron o no tuvieron sensibilidad para captar las «carrerillas» de entrenamiento hacia ese salto mortal.

Precisando más sobre las influencias sociales de Alaiz, habría que decir que la suya fue siempre muy discreta, pero muy vasta; de ahí la metáfora de «mar que no suena pero que resuena». Porque Alaiz ha pasado por la vida y su tiempo sin pena ni gloria: no se dejaba ver apenas, no se le oía, pero se le leía. Aunque su escritura tampoco levantó algaradas ni arrebató masas pero dejó sus posos en la memoria como levadura de una posible fermentación revolucionaria. Lo que ocurre es que su prerrevolucionaria campaña no tenía pretensiones de traducirse en manifestaciones multitudinarias, sino en reflexiones hechas más agudezas que filosofemas. Porque si la de Alaiz es la pluma más corrosiva de todo el M. L. también es la más despegada de todo compromiso de acción social y aún menos política. Felipe Alaiz representa en España el anarquismo más puro y menos pragmático. Su individualismo irrefragable sólo pacta con el pueblo de igual a igual, sin acatamientos ni demagogias o adulaciones; con un pueblo —como diría Sender— sabio de nacimiento por su inocencia avisada (avisada por el instinto, la tradición, la herencia y la subcultura étnica). No es fácil de explicar. Sólo se intuye al imaginar al labriego a solas, al obrero en el tajo —solitario o desahogándose con sus compañeros de fatigas— o formando un grupo de hombres y mujeres en veladas de invierno sin testigos de autoridad religiosa o civil. Ese pueblo no le dirá que no tiene razón ni atacará lo más mínimo su individualismo soberano. Y como no se metió en nada ni con nadie desde posiciones militantes, la gente no tuvo en él presa ni para criticarle ni para seguirle. Para la gran mayoría de lectores de la *Soli*, *Tierra y Libertad*, *La Revista Blanca*, *CNT*, etc., Felipe Alaiz era el que escribía «bonito» o el que cantaba «las verdades del barquero». Pero no ejerció de escritor oficial ni oficioso, como tampoco de «intelectual», incapaz como era de subirse a un podio, estrado o púlpito cualquiera. Alguna vez cedió y dio alguna conferencia, como la que pronunció en la Sorbona de París, invitado que fue por el rector Jean Louis Sarrailh, un gran hispanista, casualmente. En el seno de la organización misma (CNT-FAI-FIJJLL) no ha intervenido jamás en sus problemas internos ni en sus polémicas visiones del futuro comunista-libertario. Algunos hablan de que estuvo al lado de los «puros» en el conflicto de los «treintistas», pero él se limitó a oponerse a Pestaña y su proyecto aceptando la dirección de la *Soli* una vez más, al dimitir Peiró, que tuvo algún cabildeo con los treintistas, sin decidirse a formar partido sindicalista nunca. Es muy posible que, si en vez de haber escrito los millares de artículos que escribió, hubiera publicado tres o cuatro libros importantes de verdad habría obtenido más opima cosecha de afines, cuando no devotos de su obra. Pero así fue y así obró y nadie tiene la culpa ni es hora de lamentarse inútilmente.

Ahora, antes de repasar su obra, retengamos que quedan además sus traducciones: de H. G. Wells, John Dos Passos, Upton Sinclair, Sinclair Lewis, del inglés; Elisée Reclus, Han Ryner y Sebastien Faure, del francés, y Max Nettlau, sobre todo Max Nettlau, el gran historiador del anarcosindicalismo internacional, del alemán.

Como escritor (que es por lo único que puede y debe recordarse a Felipe Alaiz en su condición de oscense susceptible de haber influido en el proceso prerrevolucionario que se consuma en el 36), podemos dar cuenta de tres obras importantes, aunque muy diferentes, capaces de perpetuar su memoria: *Quinet*, su novela (iba a decir única, pero la verdad es que ha publicado tres o cuatro del tipo «novela ideal» de la Editora de *La Revista Blanca*, si bien esta que nos ocupa es realmente *única* en cuanto novela digna de este nombre), su galería de retratos *Tipos españoles* y su largo tratado didáctico y proselitista *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*.

Sobre su novela *Quinet* me he extendido bastante en mi libro *Felipe Alaiz. Estudio y antología*,<sup>20</sup> así que voy a limitarme aquí a una breve reseña. Editada en 1924 por la Editorial Hoy de Barcelona, se reedita en París en 1961 por Ediciones Solidaridad Obrera, con la misma portada de la edición del conocido dibujante «Shum», ilustrador de estilo modernista de tantas publicaciones anarcosindicalistas en la preguerra. Como ya dice el mismo autor en su «Justificación» de *Quinet* (que incluyo en la citada antología), la novela está dividida en cuatro partes: «Ciudad mudéjar», «Villa de Segundones», «Corros» y «Virgen ceñuda». La primera parte podría parecer, a juzgar por el título de su primer apartado, «Aprendiz a mirar», un desfile de cuadros sobre paisajes urbanos, pero en realidad lo que hace en las primeras ocho páginas es tipificar a España y a los españoles a base de definiciones que pueden calificarse de lo mejor de Alaiz —«Más consistió la grandeza de España en la pequeñez de dominar que en la grandeza de dominarse», por ejemplo—.

Más adelante es Quinet-Alaiz quien juzga *a priori* y *a posteriori*. En la segunda parte se reproducen escenas campesinas y populares. Nunca es el realismo de Alaiz de pormenores ni de exhaustivas panorámicas, sino más bien de castigada emblemática y ejecución impresionista. La segunda parte es la expresión más plástica de su naturaleza eutrapélica, mientras que la tercera resulta más coreográfica, con sus «corros» de estudiantes, monjas, contertulios de café, de niñas y más niñas, todo tratado con estudiada indiferencia para los primeros, con ironía para las segundas, con acerada acrimonia para los terceros, con emoción para las últimas, aunque rematando con furor antirromántico hacia las mocitas del vals. «La última parte, “La virgen ceñuda”, tiene también estilo vario», se autocrítica Alaiz en su «Justificación», lo que el autor se atreve a calificar de siempre adecuado a cada situación y perfil a la vista de Quinet: ahora andariego, luego ilusionista, más allá prisionero de prejuicios, contradictorio a ratos, humorista más a menudo, apasio-

<sup>20</sup> Francisco CARRASQUER, *Felipe Alaiz. Estudio y antología*, Madrid, Júcar, 1981.

nado raramente y amigo forzoso de monólogos como buen solitario. Hay que precisar que, en este capítulo, el humor suele correr a cargo en gran parte de «Multatuli», porque, si a Barriobero le cupo el honor de introducir en España a Rabelais, sobre Felipe Alaiz recae el mérito de haber presentado en España al gran escritor neerlandés «Multatuli».<sup>21</sup> De este autor (el primero entre los autores de Holanda) publicó Felipe Alaiz un opúsculo titulado *Páginas selectas de «Multatuli»*, precedido de un prólogo que lleva el título de «Rasgos» en el que, a propósito del humor del escritor holandés, escribe unas páginas maestras sobre el humorismo; incluye también un epílogo biográfico del conocido escritor anarquista alemán Rudolf Rocker. De «Multatuli» he traducido al español varios cuentos y sobre todo su obra maestra (y que lo es, a juicio de la crítica holandesa en general, de toda la literatura escrita en neerlandés), la novela *Max Havelaar*.<sup>22</sup>

Siguiendo con la novela alaiciana, en la cuarta parte de *Quinet* se habla tanto de viajes que más bien parece un ensayo sobre el tema viajero.

Una vez más —y aquí poco menos que definitivamente, puesto que es su obra más literaria— se revela el estilo de Felipe Alaiz en su rasgo más característico: la elipsis. Ni aun en esta novela, la más ambiciosa (dentro de lo poco ambicioso que fue siempre Felipe Alaiz), aborda nuestro autor los temas de frente ni con pretensiones de hacerlo recta y completamente. Hasta sus descripciones se niegan a redondearse y aún más a ser exhaustivas. En absoluto. Siempre echa mano Felipe Alaiz de un quiebro, de una morisqueta, de una caricatura o esbozo esperpéntico, efusivamente alusivo cuando no deformante o contorsionado. Dada su actitud antirromántica y antibarroca y su personal cosmovisión poco menos que nihilista y, por descontado, escéptica frente a todo conato de sublimidad, el estilo de Felipe Alaiz resulta ser doblemente elíptico: en su forma clásica y clásica y en su sustancia pensante, lúcida y positivista, lo que por sí mismo es una flagrante contradicción con su sistema ideológico, que sólo traduce el término *utopía*, puesto que no hay duda de que Felipe Alaiz es la figura más utópica de los utópicos escritores españoles cuasi nietzscheanos, stirnerianos y ultralibertarios.

En cuanto a *Tipos españoles*,<sup>23</sup> puedo decir que es la obra que mejor representa a nuestro escritor. ¿Por qué? Porque lo que mejor domina Felipe Alaiz es la caricatura literaria (que no tiene por qué ser siempre negativa) y la glosa campechana, sin prosopopeya ni eufemismos, que aun pudiendo ser muy amable y amistosa suele acabar en punta. Casi todas las glosas que se incluyen en estos dos tomos de *Tipos españoles*, que reúne un total de 48, están sacadas de *La Revista Blanca*

<sup>21</sup> Édouard Douwes Dekker (Amsterdam, 1820 – Nieder-Ingelheim, Alemania, 1887).

<sup>22</sup> La obra, editada en Barcelona por Libros de la Frontera en 1975, incluye una «Introducción» mía sobre el autor y la obra, más varias páginas de notas.

<sup>23</sup> Felipe ALAIZ, *Tipos españoles*, Paris, Ed. Umbral —título del semanario que publicaba en esa ciudad el M. L.—, 1962 (t. I) y 1965 (t. II). Las portadas y contraportadas son del pintor Lamolla, amigo del escritor.

(2.<sup>a</sup> época de Barcelona), excepto cuatro que se publicaron en su día en *Ruta* (época de Toulouse), antes de la larga temporada en que se publicó en Caracas a cargo del malogrado «Víctor García».<sup>24</sup> Hay otros dos que se habían publicado anteriormente en *CNT*, también en su época tolosina, antes de editarse en México durante tantos años.

El «Prólogo» de presentación de *Tipos españoles* está firmado por «Fontaura», seudónimo de Vicente Galindo, quien ha dedicado mucho tiempo a ordenar documentadamente la vida y obra de Felipe Alaiz para una extensa y poco menos que exhaustiva biografía de nuestro glosador, aunque hasta ahora no conozco más escrito biográfico de Felipe Alaiz de la mano de «Fontaura» que el artículo publicado en un monográfico dedicado a Alaiz en *Ruta*.<sup>25</sup>

Creo que la mejor presentación de *Tipos españoles* será aquí la de dar los títulos de las diferentes glosas que incluye; así podrá verse no sólo la diversidad de sus intereses y relaciones personales y literarias sino también la capacidad de síntesis cultural de este escritor, síntesis paradójicamente pasada por sus parámetros elípticos. Aquí van, pues, los 48 títulos de los respectivos retratos tan hispánicos vistos por Felipe Alaiz:

*Tomo I:*

- «Ramón de la Cruz en sus siete sainetes más típicos»,
- «Samaniego, granjero riojano»,
- «Agustina de Aragón, amazona a pie»,
- «Mariana Pineda, madre y mártir de la libertad»,
- «Espronceda, poeta de la transición ibérica»,
- «El padre Coloma, tonsurado y zolesco»,
- «El duque de Rivas o la flaqueza del sino»,
- «El general Prim, desde Reus a París y Londres»,
- «Emilio Castelar, el último orador político»,
- «Joaquín María Bartrina, el romántico que vivió de espaldas a Jeremías»,
- «Joaquín Costa, Epicteto en la feria»,
- «Gustavo Adolfo Bécquer, en la marejadilla de España»,
- «Echegaray, rectilíneo en el cálculo y dramaturgo en pasiones curvadas»,
- «Campomamor, amante de su única musa: Mari-Castaña»,

<sup>24</sup> Seudónimo de Germinal Gracia Ibars, de Mequinzenza, a la raya de Huesca, de cuya vida y larga bibliografía hay constancia en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, Unali, 1981, en la voz «García, Víctor».

<sup>25</sup> «FONTAURA», «Alaiz, anarquista heterodoxo», *Ruta*, n.º 35, pp. 5-25. Este trabajo va seguido de otro de José Peirats, de cinco páginas.

«Cánovas del Castillo, amanuense de O'Donnell»,  
«Concepción Arenal, humanista entre Serafines»,  
«Arniches, sainetero de la perversión picaresca»,  
«Maura»,  
«Gumersindo de Azcárate, sedante de un sedante»,  
«Blasco Ibáñez, el sultán que se comía los paisajes»,  
«Carolina Coronado, figura astral».

*Tomo II:*

«Del Prado, maestro cablero»,  
«Mariano Gavín, el guerrillero que murió de una vez»,  
«Pío Baroja, chapelaundi»,  
«Julio Romero de Torres, el convaleciente»,  
«Villaespesa, el disciplinante con nardos»,  
«Azorín, botánico de estepa»,  
«Valle-Inclán, anticuario, revolucionario y funcionario»,  
«Jacinto Benavente, Campoamor furtivo»,  
«Santiago Rusiñol, paisajista fáustico y primer trasnochador»,  
«Marcelino Domingo, Thiers desteñido»,  
«Eugenio Noel, hijo de la lavandera»,  
«Gil Robles, abanderado de las dispenseras»,  
«Carlos Soldevila, entre la elegía y el pórtico»,  
«Fernando de los Ríos, una petenera en un entierro»,  
«Lerroux, el convidado de piedra»,  
«Manuel Azaña, el energúmeno sentimental»,  
«Pestaña, ángel caído»,  
«Barriobero, contertulio de Rabelais»,  
«Fermín Galán, el hombre que murió por los políticos, no con los políticos»,  
«Alberola, amigo de la intemperie»,  
«Ángel Samblancat, el evadido de Jericó»,  
«Hermoso Plaja y el romanticismo»,  
«Viroga y su hermana»,  
«Buenaventura Durruti o el heroísmo bien entendido»,  
«Peirats-Monterde»,  
«Juan Maragall».

La obra más voluminosa de Alaiz y el proyecto más ambicioso de toda su producción es sin duda la ya citada *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*. Un libro que cuenta con 605 páginas ya merece el calificativo de «mamotreto», pero además se trata de trazar en él todo un programa de convivencia municipal, regional, nacional e internacional, desde las mismas bases de producción y consumo, y de instaurar las infraestructuras de cooperación y solidaridad económica, de justicia social, bajo una cúpula de supraestructuras óptimas a fin de que la cultura, la civilización y la libertad individual estén garantizadas en la medida de asegurar el pleno desarrollo del ciudadano, así como de los grupos sociales y los pueblos.

Esta obra ha sido recientemente publicada,<sup>26</sup> por primera vez en forma de libro, gracias a la iniciativa de una asociación de exiliados españoles en Béziers, hermanada con la Asociación-Fundación «Anselmo Lorenzo» de Alicante, iniciativa que ha significado un gran servicio para todo seguidor de Alaiz y para los incontables interesados en las ideas y proyectos inspirados en el genio libertario. Se abre el libro con una breve «Presentación» (pp. 7-10) de la Asociación de Alicante y Béziers, seguida de un «Prólogo» de Francisco Olaya Morales (pp. 11-14). Al final (pp. 597-603), a guisa de colofón, figura la editorial bajo el título «El porqué y el cómo de esta obra», donde se explica el origen, desarrollo y ejecución de la misma desde los 20 fascículos de mal papel que ya hemos mencionado.<sup>27</sup> El último capítulo, el n.º 20, es el de los resúmenes. Nos gustaría transcribirlo en su totalidad, pero a falta de espacio tendremos que limitarnos a la página no entera con que acaba la obra bajo el epígrafe «Conclusiones»:

Hemos llegado a la meta de nuestro propósito: demostrar que España puede apoyarse en sus valores más activos para consolidarse y conseguir que la formidable reserva de fuerza inteligente en actividad, pueda romper el círculo de hierro de los intereses y de la autoridad para perfilar una vida nueva. (...) Todo lo que haya en ésta de impulso puro y eficacia, todo lo que sirva de razón y motivo activista, todo lo que en definitiva ha de ser constructivo y avanzado se deberá a la capacidad de autonomía integral para la cultura, para la economía y para el heroísmo preciso. Las fuerzas regresivas no se batan en definitiva retirada porque la oposición es insuficiente, porque tiene proporciones limitadas impuestas por la misma limitación de los contrarios y, sobre todo, porque no hay lucha que pueda desarrollarse con entera virtualidad si el antagonista desinteresado atiende más que nada a la controversia intrascendente y emplea el tiempo de construir y dar ejemplo en responder a flaquezas

<sup>26</sup> Felipe ALAIZ, *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, Móstoles (Madrid), Ed. Madre Tierra, 1993.

<sup>27</sup> A la hora de redactar mi libro sobre Alaiz antes citado sabía que se había publicado la obra en 20 folletos, pero yo sólo había podido conseguir 17, porque tres se habían agotado y no quedó ni uno solo por ninguna parte (supongo que las tiradas no pasarían de los 3.000 ejemplares). Y ahora se ha hecho realidad lo que ya expresaba como deseo vivamente sentido en mi «Introducción» a *Felipe Alaiz...*, ed. cit., p. 39: «En fin, de sus ensayos de la serie *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas* no sentimos menos tener que limitarnos tanto, en espera de que un día se atreva un editor a publicar toda la serie en un volumen y sirva esta obra de precioso documento para estudiar un momento cumbre de la literatura anarquista española». Pues cosa hecha ahora. ¡Albricias!

con flaquezas. (...) Nuestra fuerza está *desbordada*, pero es una fuerza. *Carece de método*, pero tiene un sentido moral de grandeza insólita, de perspectivas ilimitadas, de generosidad íntima, de ejemplos concluyentes para la acción. Nada ni nadie podrá reducirla. Está en las conciencias y en las mentes, en las determinaciones y en las experiencias. Hay que calibrarla y extenderla, darle *realidad sistemática y congruencia*, vuelo *extrafronterizo* y proporciones visibles. Estos estudios plantean la necesidad y la urgencia de incorporarlas a nuestra vida, a lo mejor de nuestra vida.

Hemos subrayado las palabras a las que creemos debería haber dado más relieve a lo largo de toda la obra. Pero bueno es que nos las recuerde al final porque, en efecto, «nuestra fuerza está [estuvo] desbordada», salida de madre y habrá que volverla a la seguridad del regazo y a los incentivos briosos del amor materno, al cauce —a poder ser canalizado, para que no se vayan esas fuerzas en crecidas tan desastrosas como desmoralizantes—. Asombroso que diga —maldiga— Alaiz eso de que «carece de método», tan enemigo él de todo lo metódico, la personificación como es de lo antimetódico. Y es que no basta con pedir ciencia como quien pide la luna ni proclamar que hay que «aportar *cifra y prueba*», como él lo ha hecho. A su vejez reconoce que el método es necesario, porque sin él no hay organización que valga y sin organización no hay proyecto social viable. Habla ya incluso de «sistema», no solamente de método: «darle realidad sistemática». Y *congruencia*. Pero lo más chocante —para mí al menos, que tanto tiempo vengo diciéndolo— es ese «vuelo extrafronterizo» que quiere darle a esas fuerzas. Lo que demuestra que también se ha dado cuenta, el utópico de los utópicos, de que sin el mundo exterior España no salva(rá) su hipotética revolución (hipótesis revolucionaria todavía por demostrar). Lo que implícitamente viene a refutar aquel sueño hecho teoría circulante por la CNT de los Gastón Leval, los Issac Puentes y los Abad de Santillán según la cual España podría autoabastecerse y mantenerse en el mundo capitalista (capitalismo de Estado pseudocomunista incluido) como un islote de libertad y autogestión para el mundo y para siempre ejemplar y digno de emulación. Claro que podría autoabastecerse y autogobernarse comunista-libertariamente, si la dejaran. Es como el automovilista neófito que querría para él solo la carretera. Por desgracia tiene que contar con los demás, si no los demás darán cuenta de él. Y así le fue al M. L. español. Porque huelga decir que esa fuerza es siempre la de la CNT.

Pero insisto: es útil leer este ensayo, aparte de que no es fastidioso porque Alaiz no puede aburrir. Es útil y enriquecedor, siempre y cuando no baje ni por un momento la guardia el sentido crítico. En toda lectura ha de estar siempre alerta ese sentido pero en este libro hay que ver entre líneas y anticiparse a segundas intenciones o corregir soluciones fáciles.

Por último, de la producción de Felipe Alaiz bien valdría la pena entresacar dos libros todavía sin examinar, aunque sí mencionados. Me refiero en primer

lugar a la obrita dedicada a «Multatuli»,<sup>28</sup> el otro es el emotivo y traviesamente nostálgico folleto *Vida y muerte de Ramón Acín*.<sup>29</sup>

El librito *Páginas selectas de «Multatuli»* es obra de auténtico pionero. Nadie sabía en España entonces quién era «Multatuli», el primer escritor en lengua neerlandesa, que nació en Amsterdam el 2 de marzo de 1820. Su seudónimo latino significa literalmente «mucho he sufrido». Parece ser que lo sacó del verso horaciano «Multa tulit fecitque puer...», de la *Epístola a los Pisones*. Murió «Multatuli» en Alemania el 18 de febrero de 1887, en el pueblecito cerca de Gotha llamado Nieder-Ingelheim, donde le había hecho donación de una casita un admirador suyo.

Pues bien, según confiesa al final del «Prólogo» de esta obra su antólogo Felipe Alaiz, la selección de los textos no resultó «nada fácil porque en "Multatuli" todo es selecto y de oportunidad manifiesta». Quiere decir de una oportunidad constante y sin tiempo. El librito consta en total de siete «Cartas de amor», seis capitulillos de «Ideas» (extenso libro de aforismos, filosofemas y fábulas siempre más o menos críticamente aleccionadoras), uno de los llamados «Ensayos millonescos» y diez apólogos bajo el título de «Varia»; pero en el centro es donde va la pieza de oro: el «Epílogo» de la gran novela *Max Havelaar*.<sup>30</sup> Se trata de un final sobrecogedor, tan valiente como insólito, en el que se nos revela la ultramodernidad de «Multatuli», modernidad que llega hasta nosotros, queremos decir. En estas últimas líneas de la obra, el autor se desprende de la careta, despojándose de todo atributo novelesco: «¡Soy yo, "Multatuli", el que habla!». Y sigue la última requisitoria y el formidable «J'accuse» contra la explotación, esquilma y depauperación de que son objeto los javaneses por parte del colonizador y su aparato de opresión y represión.

Como el mismo Felipe Alaiz confiesa, no son muchas páginas pero sí suficientes para que el lector cale la agudeza y sangrante ironía humanista de «Multatuli», una ironía, por descontado, a cien leguas de aquella obra bien templada de otro holandés, Erasmo de Rotterdam, en su *Elogio de la Locura*, escrito tres siglos y medio antes. En «Multatuli» la risa se mezcla con el llanto, la rabia con el sentimiento de solidaridad y el hambre de libertad con la sed de justicia; en «Multatuli», ni rastro de aquel «cum prudentia» erasmiano, sino denuncia y paso al frente, a pecho descubierto, contra las bayonetas al servicio de la Compañía Comercial de las Indias Orientales.

<sup>28</sup> Felipe ALAIZ, *Páginas selectas de «Multatuli»*, Toulouse, Ed. Tierra y Libertad, 1947 (suponemos que hubo una edición anterior a esta del exilio porque la Introducción, con el título de «Rasgos», que como ya he apuntado es una lección de teoría del humor, lleva al final lugar y año de redacción: Cárcel Modelo de Barcelona, 1924; la biografía de R. Rocker sí es de 1947). Alguna vez utiliza para referirse a «Multatuli» su verdadero nombre, Édouard Douwes Dekker, como en la glosa de Baroja que figura en *Tipos españoles*, que de paso debo decir que me parece magistral, aunque el impresor se haya equivocado y haya puesto «Doules» en vez de Douwes, que es lo correcto.

<sup>29</sup> Felipe ALAIZ, *Vida y muerte de Ramón Acín*, Barcelona, Ed. Tierra y Libertad (serie «Episodios. Anecdótico de la guerra y la revolución», n.º 2), 1937.

<sup>30</sup> Vid. *supra* n. 22.

El otro librito que merece mención aparte ya hemos dicho que es *Vida y muerte de Ramón Acín*, uno de los escritos más tiernos y conmovedores de Felipe Alaiz, seguramente el que más y mejor derrocha amor por un amigo y cariño por una ciudad: Acín y Huesca. Antes que nada y para lo que aquí nos mueve, voy a transcribir unos párrafos que hacen referencia a otros implicados en el grupo de los cinco oscenses:

Ramón Acín, con Gil Bel, Samblancat, Maurín y yo formamos en el Altoaragón, desde 1915 hasta 1920, una guerrilla con todas las características de alianza antifascista.

Gil Bel tenía la responsabilidad de una publicación republicana en Zaragoza y yo le decía siempre:

—Déjate de eso. Lo único es Bakunin.

Y me confiaba todo el espacio libre que yo quería para escribir artículos bakunianos cien por cien. (...) Maurín era entonces muy joven y seguía con pasión las alternativas de la política. Gil Bel, Samblancat y él editaban una revista en Huesca que se titulaba *Talión*. (...) Ramón Acín y yo estábamos poco quietos. Yo andaba entonces saltando fronteras y Acín también. (...) Maurín saltó desde un republicanismo algo marcelinista y algo victorhuguesco a la organización confederal, de la que fue militante, como Gil Bel, desde las primeras horas que siguieron al Congreso de Sans del 18. Samblancat estaba en el Sinaí de sus truenos costistas y pegaba muchas palizas a la caciquería, que en Aragón tenía un aire insufriblemente sonriente, pero virulento en los hechos.

(...)

Conoció [Acín] el destierro, la cárcel, la aversión de los peores y la soledad por incomunicación, aun estando muy acompañado. Pero lo que conoció sobre todo fue la serenidad y el amor irrefrenable a la eficacia. Dedicado a la enseñanza como a una profunda preocupación, sus discípulos pueden decir que no conocía el dogmatismo ni la testarudez. A los testarudos les daba un baño de familiaridad y les hacía ver que la testarudez puede ser un defecto y también una cualidad excelente si se matiza y se hace educada.

«El potro es tozudo —acostumbraba a decir—, pero sólo mientras tiene un domador tozudo como potro sin domar. Si el potro y el domador no se doman mutuamente, no hay doma posible»... ¡Inolvidable Ramón! Cuando las malditas balas falangistas taladraron su cerebro, entraban en una de las mentes más finas de Europa. Cuando la sed de sangre se sació con la sangre de Acín, la inmundia fiera pudo decir que destrozaba una de las vidas más puras, una de las vidas que latían con más decoro y con más esplendor.<sup>31</sup>

Aún escribió más páginas Felipe Alaiz sobre su gran amigo (tentado estoy de decir *único*, porque Felipe Alaiz no tuvo muchos amigos y de ninguno tenemos

<sup>31</sup> Felipe ALAIZ, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ed. cit., pp. 16 y 18-19.

muestras de tanto tierno apego y de tanta admiración fraternal como de Acín), pero a lo mejor nos encaja más oportunamente su cita cuando del oscense artista hablemos.

Alaiz no fue mártir, pero sí perseguido: no pocas estancias en la cárcel y muchas escapadas, hasta la última que le llevó al exilio, en que murió. Sin haber hecho jamás alardes de valentía, supo aguantar tentaciones de fácil venalidad y eso es a veces heroico. Fue la suya una integridad natural, pero no por eso menos meritoria. Analizadas su obra y su vida retrospectivamente, es más profunda la impresión que nos causa esta discreta entereza biográfica que sus galanuras literarias. Pero sobre todas las cosas —si hemos de hablar de influencias— pocos habrán influido tanto en las clases trabajadoras y en cierta intelectualidad de poco relieve como Felipe Alaiz en aquel período del primer cuarto de siglo que tomamos como preparatorio de la revolución del 36.

### 3. Ramón Acín, mártir y beato spinoziano

Ramón Acín Aquilué nace en Huesca el 30 de agosto de 1888 (tres infinitos) y muere asesinado en su misma ciudad natal el 6 de agosto de 1936. Como se verá, el que muere más joven de los cinco aquí tratados, pero lo trágico es que no se muere sino que lo matan. También esto es único en el grupo. Al buenazo de Acín no se le podía ocurrir que alguien le quisiera tan mal, pero alguien le dio la idea de aprovechar un escondite subterráneo y al fin se protegió. Mas no le valió el emboscamiento, como se sabe, porque desde el disimulado escondrijo soterrado oía cómo los falangistas atropellaban a preguntas y golpes a su mujer; no lo pudo resistir y salió por temor a que mataran a su Concha, entregándose a los esbirros.

Ya hemos visto cómo nos presenta Felipe Alaiz a Ramón Acín, como un pozo de humanidad, pero un pozo cuyo polo de tierra había de atraer los rayos del poder que acabarían con él. Aunque aquel fusilazo no se perdió en el aire, sino que sigue echando chispas por toda la descendencia y posteridad libertaria —y no sólo oscense—.

En las fotos de cuarentón se le ve un aire de Philippe Noiret —sin la sonrisa pícara del actor— mezclado de un Imanol Arias con la boca cerrada. Viene a ser el trasunto del machadiano «hombre bueno en el buen sentido de la palabra bueno», tal vez con algún indicio de calma tan acusada que puede antojársenos cansancio o desencanto. Y no sería de extrañar que estuviese a punto de trasponer la cuesta de la tolerancia —de cuya verdad estaba por otra parte profundamente convencido, pero una cosa es el convencimiento y otra la obediencia al mismo del cuerpo estirado al límite—. Se debatía seguramente entre la opción de una violencia revolucionaria y su naturaleza tan respetuosa con la vida, incapaz como era de insultar ni faltarle al respeto a su peor enemigo. Y en este sentido representa Acín al libertario español menos *-ista* posible. Pudo llamarse anarcosindicalista o anarquista, pero él

es el que nos da la cara más simpática del M. L. español, aquella que no admite violaciones ni comulga con ruedas de molino por muy barbados que sean los que las mueven; todo lo contrario del terrorista, pues, el reverso de todo fanatismo; hombre abierto y libre, que entiende la vida desde el entusiasmo, la inocencia y el amor. Como Acín hubo muchos miles de jóvenes en el M. L. español de entonces, igualmente ilusionados por hacer de la vida una obra de arte y de la sociedad una fiesta de aventuras y nobles empresas capaces de incentivar el sentido común (sí, común, fijémonos por fin en la palabra) y de multiplicarlo por el mismo hecho de ser común. Hubo muchos como él que vivieron como levitados por esa ilusión pero, ¡ay!, ignorantes de la necesidad, de las necesidades de la historia que implican lucha, violencia y guerra, y quedaron eliminados más tarde. En tanto que Acín, al ser cortado de la historia tan pronto, resulta ser como el glorioso representante de esa legión aludida a la que yo llamo la de los nobles centauros, víctimas de los pragmáticos lapitas de todos los tiempos y latitudes, generalmente escudados con un pseudo-ideal político.

De esa doble condición de arte y hombría, de ilusión y entusiasmo «centáuricos», puede haber arrancado la enorme influencia de Ramón Acín en la revolución española del 36. Un poco como fray Bartolomé de las Casas nos salva del baldón de nuestra conquista y colonización de las Américas merecedoras de la Leyenda Negra, así Ramón Acín nos compensa un tanto por su bondad la fama ganada por los libertarios de proclives al terrorismo.

También podemos reivindicar la memoria de Ramón Acín como artista, pero no creo que alcance a sernos tan claro modelo como con su imagen de hombre: sereno, indómito y tolerante. Por ejemplo, es más digno de emular el hecho de que haya sido el autor y único firmante del manifiesto *Fuendetodos, marzo 1746 – Bordeaux, abril 1828* que cualquier pintura, dibujo o escultura salidos de sus manos. En ese manifiesto pega el grito aquel de «¡No le presentan como es, sino como quieren que sea!», emprendiéndola con la adulteración que se hace de la obra de Goya al apropiársela la Academia y los estamentos oficiales. O en otro manifiesto, redactado al crear la Sociedad Nueva Bohemia, con la profesión de fe por proclama: «Tenemos por bandera el amor a la cultura, el culto de la fraternidad y de la libertad. Y así el fracaso nunca será con nosotros. Podemos ser pocos, mas entonces tocaríamos a más amor».

Ramón Acín cree sobre todo en la educación, en la formación de la personalidad más que en la formación profesional y en la información, susceptible este medio de ser *mediatizado*. Cree y se aplica a la educación de la Escuela Nueva que impulsará con otros compañeros del magisterio oscense —Evaristo Viñuales, Francisco Ponzán— bastante más jóvenes que él pero con quienes se asoció para la promoción de «la imprenta en la escuela», técnica del pedagogo francés Celestin Freinet con la que los niños son capaces de investigar, estudiar y escribir juntos su propia revista, también por ellos mismos ilustrada, en que se da cuenta de los

resultados de los trabajos en equipo y se insertan ideas, cuentos, episodios o comentarios de toda índole de cada uno de ellos, votados democráticamente, con lo que no sólo aprenden a escribir, entre otras cosas, sino también a responsabilizarse y a contar con los demás, eso tan urgente de ser aprendido de una vez por los españoles.

Como artista, Ramón Acín no estuvo falto de talento e ingenio, aunque no me atrevería a calificar su arte de genial. Fue seguramente mejor maestro de dibujo que buen dibujante sin que pueda llamársele negado para la creación, al contrario: era creador desde su propia vida hasta sus ideas pasando por sus aficiones manuales, sus *hobbies* y su arte. Quizá en lo que más admirables obras hizo, como artista plástico, fue en la escultura. Sus estilizaciones de chapa metálica recortada y sus famosas «pajaritas» del parque municipal de Huesca atestiguan sus aciertos en la escultura, más que simple, sencilla, *humilde*, como la califica Antonio Saura. No resisto al impulso de transcribir unas líneas de este gran pintor oscense a propósito de esas «Pajaritas»:

En realidad he conocido a Ramón Acín por amor a una escultura. Esta escultura se convirtió en fetiche infantil, símbolo del perdido jardín de las delicias, icono fijado para siempre en la fervorosa nostalgia, resumidor incluso del sensual vuelco de la mirada. Desde mi infancia, este monumento ha permanecido en la memoria como un símbolo de mi ciudad natal, como un espacio feliz y central cuyo recuerdo se impregnó más tarde, en el conocimiento de la historia, de un contenido trágico.<sup>32</sup>

En este magnífico libro tan espléndidamente ilustrado se puede seguir a la perfección la evolución del Acín artista en todas sus facetas. Se ha dividido al efecto el libro en cuatro partes: dibujo, obra impresa (artes gráficas), pintura y escultura. Como decíamos, la obra artística de Ramón Acín no es la de un gran innovador (como un Rembrandt, un Goya, un Cézanne o un Picasso) sino la de un autodidacta que, además de haberse formado como artista a conciencia, tiene un innato buen gusto y una intuición certera del volumen en el espacio que le han servido eminentemente para atinar en la función específicamente espacial de sus escasas grandes esculturas. Como en sus dibujos y pinturas, la escultura de Ramón Acín ha pasado del realismo clásico de acusados contornos a la simplificación de línea escueta, dinámica y elegante, pasando por el *art déco*, el deformismo, el neocubismo y el expresionismo. Bien se sirvió Ramón Acín de sus viajes, gracias a los cuales pudo

<sup>32</sup> Esta frase va al pie de una fotografía a toda plana nimbada en una luz blanquiazul de un día de invierno en el parque de Huesca, enfocando el paraje en que campean las dos pajaritas de que habla Antonio Saura. Y esta mágica ilustración ocupa la página 63 de un magnífico libro que recomiendo encarecidamente porque es una joya bibliográfica que hace honor a nuestro Ramón Acín, a quien está dedicado. Me refiero a *Ramón Acín: 1888-1936*, publicado en Huesca-Zaragoza en 1988 por sus respectivas Diputaciones Provinciales bajo la dirección del profesor Manuel García Guatas, diseño de José Luis Acín Fanlo y fotografía de Fernando Alvira Lizano.

gozar y enriquecerse con las inacabables enseñanzas de «El Prado» (cuando expuso en la capital) o con la belleza imponderable de Granada (adonde fue becado por la Diputación Provincial de Huesca y de la que trajo su magistral cuadro «Granada 1913»); con las vanguardias de París y Barcelona, ciudades que visitó, bien huyendo de la persecución o como congresista revolucionario. Porque para verle como personaje influyente en la prerrevolución española hay que leer las colaboraciones en este mismo libro de Sol Acín (su hija poeta, cultivadora de una poesía honda y casi quietista),<sup>33</sup> de Félix Carrasquer (mi hermano, que lo conoció por afinidad en ideas y por común amor a la enseñanza nueva y renovadora autogestionaria), de Carlos Forcadell y un poco de todos los demás, que de algún modo tratan a Ramón Acín también como hombre cívico y social.<sup>34</sup>

Y ya en este campo, hemos de referirnos a Acín escritor, a su labor periodística en defensa de sus ideas libertarias, actividad que es de esperar haya sido la primera y principal en cuanto susceptible de ejercer alguna influencia en la opinión pública con miras a la revolución del 36 —que él no vio ni apuntar, sólo de oídas le llegó la buena nueva de aquella revolución que había de ser tan efímera, la pobre—.

Asiduo colaborador del *Diario de Huesca*, cofundador de *Talión* y fundador de *Floreal*, no sólo publicó en la prensa libertaria local de Huesca y Aragón sino que también se hizo leer en otras publicaciones no aragonesas; la principal de todas, por su asidua y tan popular acogida, era la «columna» que escribía para la *Soli* bajo el recordado título de «Florelicas», de las que aquí va una muestra:

Ellos dirán que son fuertes porque ellos tienen un bastón con borlas y un báculo y una espada, mas podemos decirles que nosotros somos más fuertes, porque frente al bastón del gobernador y al báculo de un obispo y la espada de un general hemos levantado una escuela libre y nueva y laica, y contra ella se tornarán en cañas la espada del general, el báculo del obispo y el bastón borlado del gobernador.<sup>35</sup>

Cada «florelica» era un tema de su predilección que exponía con gracejo no necesariamente aragonés sino envuelto generalmente en metáforas, antítesis, paráfrasis, parábolas y fábulas directamente encaminadas a dar una lección de justicia, verdad, libertad o belleza. En la transcrita hay un eco indudable del libertarismo más o menos fabiano de Tolstoi, porque se empezaba a interesar por la educación integral. Pero en muchas de ellas se rastrea una esencia de filosofía spinoziana, la

<sup>33</sup> Autora del poemario *En ese cielo oscuro*, Barcelona, 1973, del que poseo un ejemplar dedicado.

<sup>34</sup> Completan el grupo de colaboradores las firmas de José-Carlos Mainer, Manuel García Guatas, Miguel Bandrés Nivela, Federico Balaguer y Antonio Saura.

<sup>35</sup> Ramón Acín, «Florelicas», *Solidaridad Obrera* [Barcelona] (20 de abril de 1923).

misma que conduce a la *beatitudo* panteísta que a estas alturas ya podemos llamar *laica*. Y no es contradicción, porque en esta beatitud no interviene iglesia alguna ni ninguna fe o credo: es ser beato por la razón más vinculada a la libertad que existe, es la beatitud de la utópica acracia (o democracia integral, da lo mismo).

Pero ya que en el magnífico libro dedicado a Acín se han olvidado de Felipe Alaiz, vamos a transcribir algunos fragmentos suyos, entre los muchos —y muy buenos— que le dedicó su amigo de infancia de la ribera del Cinca.

La delicadeza de Acín quedará como el rasgo más típico de su temperamento. Era una delicadeza contenida en el momento preciso para no almibararse.

Sus escritos tienen una selección suscitadora y elegida, sus «florelicas» que todos recuerdan haber leído en la prensa obrera son trozos de antología. Tenía Ramón el secreto de la frase única en el escrito corto y nervioso, donde el ingenio no se retuerce nunca para hacer cosquillas, sino que fluye naturalmente como un manantial.

Lo popular tenía su preferencia. Como para Goya, que decía: «¡Salud y campicos!». Como para Gracián, que masculinizaba la risa, igual que hace el pueblo al decir «riso». Lo mismo que Costa, se formó Acín estudiando las instituciones populares, el habla popular y la costumbre más que el contrato.

Aquella delicadeza despierta de Acín estaba en su lápiz y en sus pinceles. Tenían sus pequeños cuadros una vida y una mañosa manera de quedar viviendo que no puede achacarse a méritos de escuela ni a imitación de modelos ni al conocimiento que tenía el artista del mejor impresionismo que privó —los veinte primeros años del siglo— desde el Sena al Danubio. En las aldeas he visto yo una delicadeza parecida al ir a merendar con unos cuantos labradores y las compañeras de éstos. En la conversación general, aun bordando temas picarescos, nunca se pasa la frontera de la grosería.

Dibujaba y pintaba por necesidad temperamental. Escribía dejándose llevar por el mismo impulso. (...) Un azulejo de cuatro duros era para él una necesidad frenética hasta que lo compraba, imponiéndose privaciones empalmadas. Un aguamanil cervantesco, una jofaina rameada y un chaleco de boda labradora le quitaban el sueño hasta que los tenía. Cargaba con retablos y copas talladas como quien lleva varias cruces a cuestas. Un día vino a verme a mi casa de Barcelona cargado de fuentes de Alcora, pañuelos de seda tejidos hace tres cuartos de siglo, estampas francesas del tiempo de Luis Felipe, botellas «aperdigonadas», que decía él, por su talla uniformemente granulada, tazas de la época de Prim, paños de Filipinas y dos pica-portes...

Horas después nos íbamos a un pueblo catalán inmediato a Reus —La Pobla de Montornés—, donde Acín tenía una modesta casa veraniega llena de cántaros, rinconeras, floreros de bronce, retablos y sillones frailunos. Cerca del mar y de las colinas, la casa era un pequeño museo de artes populares.

Fue entonces cuando Ramón y yo proyectamos organizar un Museo de Oficios en Aragón.

—Todo lo llevaremos allí —dijo, sin pensar que el vampiro fascista había de devorar sus días—, todo: vajilla de Naval, mantas tejidas a mano en Javierre, en pleno Pirineo; cuchillos de Sástago; basquiñas altas de Hecho y Ansó; botijos de Peñalba; trajes de Alcañiz, de Fraga y de Caspe, que parecen inspirados en Asiria; tenazas de hogar, calderetas y «colgallos» (o «cremallos» en la ribera del Cinca), que son poesías de hierro y se encuentran aún por los pueblos; arreos de labranza; los romances comarcales de Franco Oliván, Cucaracha, Pedro Saputo y Tiraneta; calcillas negras de los labradores medianos y blancas del pueblo; ceñidores de testa y gorros de lana de cordero negro...

—Aragón es todavía una inmensa cueva de Altamira —decía— muy propia para hallar hoy a cada paso, no vestigios de prehistoria, sino prehistoria viva.<sup>35</sup>

El arte de Acín era personal. No tenía estilo comercial. Tal vez no tenía sus días, sino más bien sus horas. Hay pintores que trabajan para el cliente, para el modelo, para el crítico o para el corredor de cuadros. Acín trabajaba para recrearse (re-crearse, crearse otra vez) y tenía un «primer tiempo» en su producción que la hacía intocable... Las obras de Acín no podía ya tocarlas ni el mismo Acín cuando éste había pintado unos minutos con acierto (que no siempre tenía), pero gozaba inesperadamente y a menudo en la soledad, hasta de múltiples motivos para Acín. Sobrepasaba a los surrealistas en cuadros de humor como aquel «Tren» inolvidable que expuso en Barcelona el año 29 en la desaparecida Sala Dalmau; en aquellos «Marineritos», expuestos también en Barcelona como unos exvotos laicos de carácter tan nuevo y tan atractivo que las pinturas premeditadas, por perfectas que fueran, parecían redichas y refritas después de contemplar los «Marineritos». Pero lo mejor de Acín eran dos retablos bosquejados con una gracia también «intocable»: «Arrieros» y «El Circo». Viendo las estampas de Barradas de la última etapa, nos acordábamos de Acín, y lo mismo viendo cartones de Goya. Sin embargo, Acín era distinto de todos y distinto un día de lo que era él mismo horas antes... Era muy amigo de no trabajar con las llamadas materias nobles —el marfil, el oro, la plata— porque decía que no se podían tutear. Con metal barato hizo su «Agarrotado», figura que puede parangonarse con lo más profundamente expresivo salido de manos humanas. Tiene un valor de síntesis y unas dimensiones trágicas que encrespan y sofocan a la vez. Como su «Cristo», que, según el autor, tiene un gesto de banderillero con los brazos abiertos para prender los rehiletes en carne de toro. Y tiene Acín unas viñetas de tauromaquia crítica con su moraleja favorable al buey arador que son un prodigio. Las publicó en una revista zaragozana titulada *Claridad* que él y yo planeamos y no tuvimos ocasión de continuar, en 1921, muriendo la revista apenas nacida, como tantas publicaciones primerizas: *Aragón*, *Revista de Aragón*, *Floreal*, nobles propósitos que unirían mi nombre al de Acín con un imperdible de afinidad y afecto si hiciera falta la prueba cordial de aquellos sentimientos.

35

Felipe ALAIZ, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ed. cit., pp. 24-26.

Un día fue Acín a Tarragona con propósito de pasar allí una semana. Estaba yo en Tarragona haciendo un periódico confederal y la policía detuvo a Ramón por haberle visto conmigo. Aquella arbitrariedad me soliviantó y nos fuimos, una vez libre él, a Huesca. En la «bodega» de Jarne improvisamos una cena a base de magras viejas y vino negro. Eran «años de mal en mejor», como decía Acín. Su optimismo intransigente le hacía tan bueno como era y probablemente más confiado de lo que debió ser.

Recuerdo que, al despedirnos a hora avanzada de la madrugada, Ramón lo hizo cantando una copla de ronda oída en una aldea del Somontano:

Mi corazón dice dice  
que se muere que se muere.  
Yo le digo yo le digo  
que se espere que se espere.<sup>36</sup>

Sano como el cierzo de Aragón, animoso y afectivo como pocos; como pocos digno y ferviente sin manotadas fue Acín. Era un valor aragonés no cuadrículado en el regionalismo ni en ningún «ismo» exclusivista. Supo mirar cara a cara a la vida. Heroicamente supo también mirar cara a cara a la muerte. Así era Acín. Su memoria no queda ingrata para nadie. Tuvieron que matarlo gentes de presa, miserables hienas de manotada impune en el minuto del sacrificio. Y se atrevieron también a matar a su compañera, Concha, tan abnegada, tan madre de sus dos capullos que nacieron y vivieron la niñez junto a sus padres como junto a dos camaradas de confianza y de bondad sin límites.

Se perdieron dos vidas acordes, dos vibraciones que al desaparecer nos han dejado sin dos hermanos en quienes confiar. Aquellas balas nos han tocado un poco a los que tanto les queríamos... Los detalles de aquellos asesinatos no están aún en nuestra seguridad. Sabemos que los asesinos amenazaron de muerte a Concha en presencia auditiva de Acín y que este se dio a las zarpas enemigas para salvar a su compañera. Ni aun así pudo salvarla de los impactos.

Ramón Acín era un constructor, un auténtico constructor, siempre con iniciativas en acción y preocupaciones en vilo. Sabía atraer a los perversos con bondad y a los torpes haciéndose en ocasiones el torpe para no malograr con la visión de una excesiva diferencia de calidad que podía incrustarse en la retina ajena, el afán de proselitismo limpio y probo.

Murió de pie, como el legendario Enjolras y su vida fue corta, pero llena.

Los que fuimos sus amigos hemos de realizar su pensamiento creando el Museo de los Oficios, inventario popular del trabajo embellecido y de la belleza trabajada y matizada.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 27-28.

Y pensar en él, pensar en el maestro bueno que desconocía el desaliento y la doblez. Acín, en su pensamiento y en su obra es ya nuestro. Siempre será nuestro. Y el día de la victoria tan nuestro como siempre. Seamos siempre dignos de él.<sup>37</sup>

Sí que vale la pena repetirlo: lo verdaderamente trascendente de Acín es su vida. Sus 48 años de enseñarnos a todos con su sabia inocencia, su generosa sencillez y su «optimismo intransigente» —¡retengamos esta feliz expresión de Alaiz que es seguramente lo más digno de emulación por parte de los españoles, que tan pronto se pasan a la transigencia por vía del pesimismo!— deberían inspirarnos para vivir nosotros también en la serena inquietud crítica aciniana cargada de tensión creadora. Si los amantes del sentido común hecho justicia y libertad tuviéramos un santoral, Ramón Acín Aquilué sería nuestro santo. Afortunadamente no nos hace falta santificarlo y ponerlo en los altares, lo que sería tanto como enajenarnoslo. Infinitamente mejor es que lo tengamos presente, como nos pedía Felipe Alaiz, en cualquier trance propicio a cualquier violencia para imitarle y no caer en ella, lo que es el caso más frecuente en mal de impaciencia revolucionaria. A ejemplo suyo, no dejemos de ser amantes de la libertad por inclinarnos a la violencia hetaira, la gran prostituidora del hombre arrastrado por las concupiscencias siempre criminales del Poder.

Los que hicieron la guerra del 36 no recogieron el mensaje y testimonio (martirio) de Ramón Acín. Quizás por eso no podían hacer al mismo tiempo y del todo la revolución española del 36. La pasión hizo estragos en muchos violentos, dominadores y verdugos. La bondadosa tolerancia y la capacidad persuasoria pacífica y respetuosa de Acín brilló demasiado por su ausencia. Y así fue como Ramón Acín fue en cierta medida traicionado. No sé si sabiéndolo o no, Acín, como fiel émulo de Spinoza, sabía que la verdad y —sobre todo— la libertad no florecen más que siendo el hombre soberano de sus pasiones. Sus propios compañeros, pues, lo dejaron moralmente en la estacada. ¿Que era imposible seguirle? En eso consiste la gran política verdadera: en tender hacia lo imposible (hoy, no mañana, a lo mejor), en no cejar por las vías felizmente aún no trilladas de la utopía. No es otra cosa que la utopía lo que puede mover al hombre noblemente y de paso hacerle feliz. Pero sin impaciencia, sin pesimismo ante su larga secuela de desgracias: nihilismo, derrotismo, milenarismo, alarmismo, escepticismo, cinismo, pasotismo, hipocondría, malhumor, depresión, desaliento e inercia.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 20-21. No pido disculpas por la larguísima cita, porque son cosas éstas que las ha de leer todo el mundo, porque están escritas para eso: para ser leídas de verdad. Y releídas, sobre todo por los oscenses. Y aprovecho esta ocasión, aunque sea en nota a pie de página, para hacer un llamamiento a los editores aragoneses y muy especialmente a los de Huesca para que alguno de ellos se decida a editar de nuevo el folleto del que he extraído las citas, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ed. cit. Es una pena que este texto no pueda encontrarse y aun los ejemplares que quedan se hallen en mal estado (al menos el mío).

¡Que nos sirva en adelante de escarmiento! Jamás impaciencia, que siempre es frangollo, chapuza y en el inacabamiento siempre se mutila o viola algo. No se puede trabajar para la verdad feamente ni para la belleza con medias verdades. Al fin y al cabo son éstas leyes de vida. No hay por qué extrañarse, entonces, de que se hayan averiado primero e ido a pique después las últimas revoluciones marxistas y la nuestra del 36, porque se han hecho por la fuerza. Por la fuerza bruta, porque hay fuerzas que todos esperamos triunfen definitivamente y no son las brutas sino las más suaves: la de la cultura y la del amor. Y en eso fue espejo Acín. En avisarnos de que sólo puede salvarse la humanidad por la cultura y sólo puede ser plenamente y, por ahí, ser feliz, en el amor.

Ramón Acín Aquilué, mártir sin santoral, santo sin altares de Iglesia, pero sobre todo *beato* en el buen sentido de Baruch Spinoza, como buen descendiente suyo en la práctica de su naturaleza, así como el mismo Spinoza lo es de nuestro Miguel Servet, el primer renacentista español y precedente del primer filósofo holandés de hispanas raíces en pensamiento y letras.<sup>38</sup> ¡Que esa *beatitudo* spinoziana que encarna Acín (razón y corazón simbióticos por gracia de una *natura naturans*) sea nuestro remedio individual y societario!

#### 4. Joaquín Maurín Juliá, marxista de vocación y libertario de nacimiento<sup>39</sup>

Tal como recogíamos el testimonio de Alaiz sobre Acín, podemos hacer lo mismo con Maurín, presentado esta vez por el último de nuestro quiunvirato: Ramón J. Sender. Tratando del principal libro de Maurín, del que volveremos a hablar, resume así su juicio el autor de *Imán*:

Es sin duda el mejor estudio histórico de los publicados hasta hoy, libre de pasiones sectarias, sereno y agudo.<sup>40</sup>

Es mucho decir, ¿no? Y lo bueno es que tiene razón Sender. Muy poco se ha hablado o escrito sobre ese gran trabajo mauriniano. No soy yo quién para zanjar en materia de erudición porque no me las he dado nunca de erudito, pero el libro en cuestión, *Revolución y contrarrevolución en España*,<sup>41</sup> contiene todo un repertorio

<sup>38</sup> Sobre este tema impartí una conferencia —todavía inédita— en el Instituto de Estudios Sijenenses (Villanueva de Sijena, Huesca) titulada «De Servet a Spinoza».

<sup>39</sup> Bonansa, Huesca, 12 de enero de 1896 – Nueva York, 3 de septiembre de 1973.

<sup>40</sup> Ramón J. SENDER, «Un libro póstumo de Maurín», *Diario de Barcelona* (29 de octubre de 1974).

<sup>41</sup> Joaquín MAURÍN, *Revolución y contrarrevolución en España*, Paris, Éditions Ruedo Ibérico, 1966, 290 pp. Contiene una «Introducción» y un «Epílogo» (un total de 60 páginas) que escribió el autor en Nueva York para la edición parisiense y que realzan enormemente el interés de la obra.

de temas del mayor interés resueltos con gran acierto, que tendrían que interesar a todos los que hemos contraído el virus tan español del «arbitrismo». Aunque lo más importante no creo que sea el aporte histórico de sucesos, efemérides y procesos de los movimientos sociales, económicos y políticos registrados, sino el atinado esfuerzo de interpretación de esos datos y la significación trascendida y trascendente de los hechos abordados. Me asombró en la primera lectura, la clarividencia y perspicacia de esta exégesis de nuestra historia que va a desembocar en la guerra civil española, aunque no siempre estuviese de acuerdo con sus juicios. El libro —o lo que es el grueso del mismo— fue escrito en 1935, con el título de *Hacia la segunda revolución* y aún hoy es un texto todavía valioso. Pero la edición a que hacemos referencia es la que publica nuestro malogrado amigo José Martínez en Ruedo Ibérico bajo el nuevo título ya citado en nota, edición en la que aparecen dos añadidos del mayor interés: una «Introducción» y un «Epílogo», más un «Apéndice» con el título «Sobre el comunismo en España», todo ello escrito en 1965. Un buen cuarto de siglo después de la guerra, Maurín es un hombre más lúcido que sabe ver a distancia de forma clara y distinta. A sus 69 años ha alcanzado un tono de mayor sabiduría e imparcialidad que a sus 39, ambiciosos y ansiosos de poder.

Pero Sender se refiere sobre todo en su artículo a un libro póstumo de Maurín del que, por cierto, no nos da el título; nos explica, no obstante, de qué trata e incluso se extiende sobre uno de los relatos (puesto que es una colección de cuentos) como ejemplo del humor de Maurín. Suponemos que se trata de *En las prisiones de Franco*<sup>42</sup> porque nos precisa Sender que son episodios y anécdotas que vivió y escribió en las mismas cárceles españolas durante los diez años en que estuvo preso, entre 1936 y 1946. A propósito de este libro publicado poco después de la muerte de su autor, dice Sender:

A nadie le extrañará que el libro esté escrito con pulcritud, agudeza e inspiración. Lo que nos sorprende es que no hay en él rencores ni odios. Hay un profundo sentido de la justicia y la humanidad, pero ningún estrépito panfletario contra personas o cosas. Aunque sólo fuera por eso, el libro sería digno de especial atención.<sup>43</sup>

Mas al comienzo del artículo de referencia, suponiendo que los jóvenes lectores no habrían oído hablar verosímelmente del bonanseño, más conocido en Lérida que en su provincia de Huesca, pero a quien «todos los españoles de mi edad saben quién fue Maurín», lo define en estas pocas palabras:

42 Joaquín MAURÍN, *En las prisiones de Franco*, Méjico, Costa-Amic, 1973.

43 Ramón J. SENDER, art. cit.

Es un escritor aragonés especializado en materias sociales y económicas que fundó en Barcelona un partido antifascista y anticomunista (aunque con base marxista) y que después de pasar diez años en las cárceles de España, salió, vivió veinte años más en Nueva York con su esposa y su hijo, y ha muerto recientemente.<sup>44</sup>

Naturalmente, el partido aludido por Sender es el POUM (al que le había precedido el BOC, amén de haber sido cofundador también de la Federación Comunista Catalano-Balear. Maurín es el fundador y director de *La Batalla*, «uno de los mejores periódicos que ha producido el movimiento obrero español en general», como opina el sociólogo e historiador Carlos Forcadell, profesor de la Universidad zaragozana.<sup>45</sup>

Toda esa febril actividad de fundador y organizador político neomarxista (podríamos decir) viene después de haber militado no menos activamente en las filas de una organización tan antipolítica como la CNT, como lo demuestra el hecho de que desde 1917, año en que pasó a ser maestro nacional en Lérida y se vinculó a la lucha de la Confederación Nacional del Trabajo, asiste ya como observador al Congreso de la Comedia de 1919 y ocupa rápidamente puestos de responsabilidad en la misma sindical. Dirige el semanario *Lucha Social* y en este mismo año forma parte del Comité Regional de Cataluña. Asimismo forma parte de la Delegación de la CNT que viaja a Moscú, según los acuerdos del Pleno Nacional del 28 de noviembre de 1921.

Inicia sus estudios primarios en su pueblo natal y pasa a los diez años a estudiar al Seminario de Barbastro, que bien pronto abandona para ingresar en la Escuela Normal de Huesca. En esos años de estudios de magisterio, entre 1914 y 1917, conoce y se trata en Huesca con Ramón Acín, Ángel Samblancat y Felipe Alaiz. Y en semejante compañía de «prerrevolucionarios», con 17 años escasos, se ve envuelto en el primer proceso político de su vida por haber escrito en el periódico *El Talión* una diatriba antimonárquica; afortunadamente no fue a parar a la cárcel, como le ocurrió por lo mismo a Sender en Madrid aunque ya con 26 años encima.

Hay quince años de la vida de Maurín en que despliega una actividad política portentosa: de 1921 a 1936, periodo en que viaja dos veces a Rusia. A la vuelta del primer viaje viene medio convertido, pero de momento ni acata las fórmulas del régimen soviético —porque no le parecen suficientemente revolucionarias— ni las rechaza de plano. Es demasiado independiente y crítico para comulgar así como así con ruedas de molino; pero, por otra parte, como le sucedió a Sender entre 1934 y 1937 —y a tantos otros entonces—, después la revolucionariedad liber-

<sup>44</sup> *Ibidem.*

<sup>45</sup> Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, voz «Maurín Juliá, Joaquín», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, ed. cit., p. 2201.

taria tampoco acababa de convencerle porque le parece ingenua, demasiado optimista y decididamente ineficaz. El concepto de eficacia fue, de hecho, el que apartó a tantos intelectuales españoles de las filas del anarcosindicalismo y demás movimientos afines. No perdamos de vista que el revolucionario es, por definición, impaciente y que, por conseguir su objetivo cuanto antes es capaz de todo, hasta de aliarse con el diablo (politiquería) y de sacrificar el presente, que es proclive a considerar al individuo como un peón de ajedrez, como un número (dictadura). Fueron incontables los que creyeron que, una vez creado el órgano, la dictadura del proletariado, se crearía automáticamente la función: una sociedad comunista. Pero un órgano malo no puede dar una buena función, como en general los malos medios sólo pueden engendrar fines malos (pero fines de verdad, que acaban con todo, no metas ni objetivos de superación, porque lo primero con que acaba la dictadura comunista es con el comunismo mismo). Los marxistas aún siguen creyendo que sólo con el poder se puede mejorar la sociedad, cuando la verdad es que siempre que la sociedad mejora ha de hacerlo contra el poder. Nada más continuista, conservador y estabilizador que el poder. Pero está tan arraigada esa idea marxista en los «animales políticos» como Maurín que, aun en sus últimos escritos anticomunistas, sigue contando como de suyo con una política para el poder y con los aparatos de partido como medios para ese fin.

Pero veamos un poco la trayectoria de Joaquín Maurín político para dilucidar la importancia de su influencia sobre la revolución española de 1936. Con Andrés Nin, Maurín cree que España necesita una revolución democrática burguesa y que es necesario crear un partido revolucionario independiente de Moscú pero con una doctrina más ajustada a la realidad española. Su primera empresa revolucionaria, a la vuelta de su primer viaje a Moscú, está animada por la idea de promover en el anarcosindicalismo de la CNT un probolchevismo que aislara a este movimiento de toda influencia bakuninista. Y por eso funda y dirige los llamados Comités Sindicalistas Revolucionarios, así como también, tras su fundación, se hace cargo del periódico *La Batalla*. Por entonces es asimismo detenido (1922) y al salir de la cárcel viaja de nuevo a Moscú (estamos ya en 1924), donde conoce a la que será su mujer toda su vida, Jeanne Souvarine, hermana del dirigente comunista francés así apellidado. Tras el fracaso al no lograr insertar en la CNT a los Comités Revolucionarios, Joaquín Maurín hace que esos Comités se incorporen a la Federación Comunista Catalano-Balear. Nuevamente detenido en 1925, sale en libertad y en 1927 va a París a casarse con su prometida Jeanne, con la que tiene un hijo, Mario, nacido en 1928.

En marzo de 1930, la llamada Conferencia de Pamplona del Partido Comunista de España expulsa de su seno a la Federación Comunista Catalano-Balear. Por entonces regresa a España Andrés Nin, quien ha permanecido en Moscú desde 1921 y ha aprendido el ruso, al lado de su mujer, como para ser uno de nuestros primeros traductores al español de la gran literatura en esa lengua del siglo anterior. En señal de agradecimiento, Stalin, que ha tomado el poder, lo

expulsa del país por su mayor afinidad con Trotsky, el enemigo declarado del nuevo amo del Kremlin. En marzo de 1931, Maurín consigue fundar el Bloc Obrer i Camperol (BOC) a título de partido marxista-comunista pero independiente del *Komintern*, si bien defensor de la URSS, sin que por eso renunciase a criticarla cuando fuese preciso y, aun a pesar de todo, con proyección sindicalista hacia la CNT. Nombrado secretario general, Maurín conseguirá que este partido pase de los 700 afiliados a los 7.000 en sólo dos años. Esto aparte, dirige *La Batalla* y *La Nueva Era*. El triunfo de las derechas (la CEDA de Gil Robles) en las elecciones de 1933 le lleva a Maurín a crear con carácter de urgencia alianzas obreras de signo ofensivo y no sólo defensivo hasta que culmina la fusión de su BOC con la JC (la Izquierda Comunista de Andrés Nin); el 25 de septiembre de 1935 se funda el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). En calidad de líder de este último fue nombrado Maurín diputado para el Congreso a partir de las elecciones de febrero de 1936, en que volvieron a triunfar las izquierdas. A mediados de julio de ese año, rumoreándose ya la inminencia de un golpe de estado militar, Maurín viaja a Santiago de Compostela, donde le sorprenden los fatídicos hechos del 18 de julio de 1936.

A partir de aquí, deja Maurín de ejercer influencia alguna en la política española, llevando las riendas del POUM Andrés Nin, quien representará al partido cerca de la Generalitat, de la que es nombrado *conseller* de Justicia. Por desgracia, el 16 de junio de 1937 es detenido Andrés Nin por orden de los agentes de Stalin en España, que intentan en vano a fuerza de torturas sacarle una declaración de culpabilidad hasta que acaban con su vida, no se sabe si porque se les fue de las manos en alguna sesión de torturas particularmente seviciosas o lo ejecutaron a sangre fría. Otros dirigentes del POUM fueron también apresados pero en la lista de encausados poumistas que el 29 de julio del mismo año pasan al tribunal en una audiencia de montaje, al estilo de los «purgados» por Stalin, no aparecía el nombre del primer responsable del POUM, que era Nin. Es la primera víctima de la siniestra modalidad de eliminación de enemigos políticos, el desaparecido, que tanto usaron y de la que abusaron los dictadores de Argentina y Chile más tarde. Ni acta de defunción ni entierro. Así, desaparecido. Y, si te he visto, no me acuerdo. La impunidad absoluta.<sup>46</sup>

Ya que nos las habemos con estas dos vidas paralelas (que como bromea Sender parecen destinadas al fatal influjo ruso por su terminación en *-in* —así como también puede decirse de alguno más: Claudín, Gorkin, etc.—) hagamos un inciso literario y citemos al célebre revolucionario poco menos que profesional, el belga de biografía verdaderamente multinacional Víctor Serge (Bruselas, 1889 – Méjico, 1942), en cuyo libro *Mémoires d'un révolutionnaire* leemos lo siguiente sobre nuestros Joaquín y Andrés, con los que departió estando juntos en Moscú:

<sup>46</sup> Sobre este episodio *vid.* José PEIRATS, *La CNT en la revolución española*, ed. cit., t. II, pp. 261-265; y Pierre BROUÉ y Émile TEMINE, *La révolution et la guerre d'Espagne*, México, 1962, sobre todo pp. 275-278.

Al primer golpe de vista se veía la calidad de este maestro de Lérida, Maurín, y de este otro maestro barcelonés, Nin. Maurín tenía el talante de un caballero joven como los que han dibujado los prerrafaelistas; y Nin, bajo sus lentes de montura dorada, una expresión concentrada que aligeraba la misma alegría de vivir.<sup>47</sup>

Pues bien, al caer en la zona enemiga, Maurín entra en la leyenda negra. O se da comienzo a lo que se ha dado en llamar «el gran enigma de Joaquín Maurín Juliá». Pero lo que se sabe es que, desde el 20 de julio hasta bien entrado septiembre, Maurín logra esconderse y llegar sin ser reconocido a Huesca, pasando a no tardar a Jaca. A continuación se hace con un pase a fin de ir acercándose a la frontera y, al aproximarse al famoso balneario de Panticosa, resultó sospechoso a un guardia civil, que lo detuvo, yendo a parar a la cárcel de Jaca pero aún con nombre falso. Al cabo de un año de cárcel es puesto en libertad y vuelve a las andadas, o sea, a tratar de acercarse a la frontera francesa. Cuando ya había ganado Echo (villa del valle pirenaico del mismo nombre) fue reconocido por un funcionario. Siendo él mismo de la alta montaña oscense, era demasiado arriesgado pasar por esos andurriales sin ser identificado por uno de tantos enemigos que lo conocían. Fue *incontinenti* trasladado a Zaragoza y, desde septiembre de 1937 hasta octubre de 1946, vive entre rejas, ya con su nombre verdadero registrado, en varias cárceles españolas, como tantos otros de prolongado encarcelamiento que han sufrido también la extraña movilidad del sistema penitenciario franquista, siempre mudando a sus pupilos.

Y ahora el enigma con visos de escándalo, misterio o secreto de Estado. ¿Cómo es posible que no se fusilara a Maurín, habiendo sido el fundador y máximo dirigente de un partido obrerista revolucionario del Frente Popular, cuando fueron ejecutados tantos miles y miles de pobres gentes vagamente votantes de la izquierda, muchos de ellos por ser parientes de un republicano, de un socialista, de un cenetista de la base? Se ha hablado de poderosas influencias: el ministro de Trabajo franquista Pérez Solís; otro ministro franquista, Fernández Cuesta; el presidente de Francia Leon Blum (*tocado* por la familia de su mujer Jeanne, francesa, la cual tenía un primo que era teniente general)... Y hasta se ha hablado de la intervención del «cuñadísimo», Serrano Suñer, jefe que fue de la Falange y ministro de Asuntos Exteriores de Franco... No han faltado los sagaces analistas de retrospectiva que han supuesto un chantaje a base de mantener con vida a Maurín a cambio de información, asesoramiento y demás confidencias por parte del fundador del POUM; también se pensó que Maurín podía quizás favorecer la campaña contra el Partido Comunista de España, que siempre es una bendición ver cómo se matan los enemigos entre sí. De buena se libró Maurín porque antes habrían hecho con él lo que hicieron con Nin. Poco después de la muerte de nuestro Joaquín se enzarza-

<sup>47</sup> Victor SERGE, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 140.

ron en una agria polémica a este propósito, en el semanario *Triunfo*, de marcada influencia marxista, el historiador Francesc Bonamusa y Luis Portela.<sup>48</sup>

En 1947 consigue Maurín embarcar con su familia rumbo a Estados Unidos, donde residirá hasta su muerte, apartado ya de la política activa y evolucionando hacia un anticomunismo desencantado, como se refleja en sus artículos y escritos elaborados para poner al día alguno de sus libros. En Nueva York funda una agencia periodística (de «alto periodismo», podría decirse) con el nombre de «American Literary Agency» (Agencia Latino-Americana), ALA. Desde esta agencia distribuía artículos de escritores y periodistas españoles e hispanoamericanos a más de cincuenta periódicos y revistas con apartado literario o cultural de toda Hispanoamérica. Como dice Sender en su artículo ya citado:

En Nueva York se sintió a gusto y con su esposa Jeanne atendía a su «American Literary Agency» por la que hemos pasado algunos españoles como Antonio Espina, Salvador de Madariaga, Ramón Gómez de la Serna; mejicanos brillantes como Alfonso Reyes; guatemaltecos no menos ilustres como Miguel Ángel Asturias; venezolanos como Uslar Pietri y colombianos como Germán Arciniegas. Modestamente fructífera, o razonablemente próspera, ALA sigue adelante bajo la sombra de aquel gran hombre que pudo pasar diez años en la cárcel y salir de ella sin veneno ni rencor. En cuanto a ALA y a su «fructífera modestia», creo que vale la pena anotar que yo he visto una carta de Ramón Gómez de la Serna a Maurín en la cual decía el autor de las *Greguerías*: «Gracias a ALA no me he muerto de hambre en Buenos Aires». Uno de los legítimos orgullos del aragonés pirenaico, nacido en Bonansa, Joaquín Maurín, a quien iba dirigida esa carta que sólo yo he visto, pero que algún día habrá de publicar con otras muchas.<sup>49</sup>

Y a propósito de «aragonés», el ya mentado profesor de Historia de la Universidad de Zaragoza Carlos Forcadell remata así su comentario en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*:

Maurín parece que no olvidó nunca su condición original de aragonés. Como Sender, por cierto, con quien se parece, aunque Maurín era más alto y delgado. En el verano de 1981 fueron trasladados sus restos mortales a su pueblo natal de Bonansa.<sup>50</sup>

Puede que esta advertencia venga más obligada en este caso, puesto que Maurín, como queda dicho, hizo su carrera en Cataluña, tuvo a Lérida como su

48 Francesc BONAMUSA, «La segunda muerte de Joaquín Maurín», *Triunfo*, n.º 583 (diciembre de 1973); Luis PORTELA, «La única muerte de Joaquín Maurín», *Triunfo*, n.º 588 (agosto de 1974).

49 Ramón J. SENDER, art. cit.

50 Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, voz «Joaquín Maurín Juliá», *op. cit.*, p. 2201.

centro de operaciones —era donde contaba con más adeptos— y por si fuera poco fundó su primer partido con una denominación tan catalana como *Bloc Obrer y Camperol*. Por algo entre la militancia del POUM se le llamaba con un hipocorístico catalanísimo: *Quim*.

¡Pues no debieron de disfrutar poco juntos, Maurín y Sender, recordando la «Huesqueta» de los años 20 en que se dio cita de histórica predestinación aquel grupo de jóvenes con tanta carga revolucionaria que fue explotando con el tiempo por toda la Península en sucesivas eclosiones hacia los años 30 con largos ecos cada vez más hondos en la posguerra exiliada! Todos idealistas, todos impacientes por conocer mundo y hacerse conocer por él. Se irían quitando la palabra Sender y Maurín rememorando sendas tragedias en su casi paralela trayectoria política: CNT, bolchevismo, antibolchevismo, huida del perseguidor de las grandes purgas del siglo...

Pero nos falta hacer referencia a lo más importante de Maurín: su obra escrita. Imposible resultaría dar cuenta aquí de su producción como periodista político, puesto que son numerosos artículos los que podrían reunirse entre *Lucha social*, lo que publicó en *La Batalla* o en *La Nueva Era* y lo que se editó en Nueva York, en su «American Literary Agency». Aunque no tiene demasiado interés para nuestro objeto porque todo lo que se escribe movido por la propaganda y las consignas de partido, o son argumentaciones amañadas, o exposiciones teóricas con miras a conseguir efectos de «lavado de cerebro». No. Lo que nos importa aquí son sus libros. El citado Forcadell menciona los siguientes: *Los hombres de la dictadura* (1930), *La revolución española. De la monarquía absoluta a la revolución socialista* (Madrid, 1932; 2.<sup>a</sup> ed. ampliada, *Hacia la segunda revolución. El fracaso de la República y la insurrección de Octubre*, que es la que publica Ruedo Ibérico en 1966 con el nuevo título de *Revolución y contrarrevolución en España*). Nos queda, en fin, el libro póstumo ya citado *En las prisiones de Franco*. Pero lo que nos interesa aquí de verdad es hablar del libro que le publicó en 1966 Ruedo Ibérico. Ya nos dice el profesor Forcadell que los dos libros de Maurín citados (¿por qué no los cuatro?, digo yo) «suponen unos de los más notables análisis marxistas de la realidad histórica española». Y Sender escribió en el artículo citado y antes de la frase que hemos transcrito al empezar:

Esta tónica de ironía bondadosa es la que predomina en un libro escrito, en su mayor parte, en las cárceles de España por un hombre que fue uno de los jefes del movimiento antifascista de los años 30, diputado en las Cortes Constituyentes y experto organizador. Fue entonces cuando escribió un libro de análisis social y político de la situación española en los años de la República con proyecciones al pasado y al futuro que es todavía actual y que se publicó en París.<sup>51</sup> Es, sin duda, el mejor estudio histórico de los publicados hasta hoy, libre de pasiones sectarias, sereno y agudo.

<sup>51</sup> Se refiere Sender a *Revolución y contrarrevolución en España*, París, Ruedo Ibérico, 1966, 290 pp., que, al parecer, va a publicarse ahora también en España.

Pues es mucha verdad. En la primera lectura me quedé admirado de la capacidad de síntesis panorámica que revela el libro; pero no es menos de alabar la agudeza de los análisis y la abertura y serenidad de tratamiento que hace de temas y personajes de nuestra historia política. Empieza el libro con una «Nota preliminar» muy sustanciosa, en la que nos confiesa ya al principio que escribió esta obra entre 1934 y 1935 pero que no se publicó hasta este último año con el título *Hacia la segunda revolución* y que, en 1937, se publicó ya con el definitivo con que Ruedo Ibérico lo editó en francés. Nos confiesa a continuación que pasaron unos 30 años sin haberlo leído, hasta que se lo pide José Martínez, director de Ruedo Ibérico, y ha de acudir para releerlo a la famosa Biblioteca del Congreso de Washington, donde se encuentra todo lo impreso en el mundo en forma de libro. Cuenta que cuando en agosto de 1944 se le juzgó en consejo de guerra el fiscal le leyó unos fragmentos del libro (primera edición), juicio del que salió condenado a 30 años de prisión mayor. «Treinta años» significaba vida, más allá de treinta años aguardaba las órdenes el piquete de ejecución. Y expresa seguidamente la alegría que sintió ante semejante sentencia.

La idea matriz del libro —nos explica el mismo Maurín— es que si la España de los tiempos de la República no llevaba a cabo la revolución democrático-socialista, inevitablemente triunfaría la contrarrevolución fascista, que se eternizaría... Desgraciadamente, los acontecimientos posteriores me dieron la razón.

Cuando se ha tenido la suerte de nacer en España y vivir con la gente que trabaja y sufre, uno se siente encendido por el fuego del amor a ese pueblo admirable que vive humilde y heroicamente y muere sin humillarse jamás. (...) Fue el amor a lo que esa España representa, que veía en peligro de naufragio histórico, lo que me impulsó a escribir el libro, en el que se funden la lucha trepidante y la amenaza de la catástrofe. (...) En el libro hay tres motivos que se entrelazan: doctrinal, polémico e histórico-crítico. El primero ha de ser situado en su tiempo; el segundo ha sido superado, y el tercero tal vez no haya perdido su interés.<sup>52</sup>

A continuación, en una sola página, separa lo que era de lo que no era el BOC. La «Introducción» que sigue la escribió en 1965; sus cuarenta páginas constituyen lo mejor del libro y la mejor prueba de lo que apuntábamos sobre su talento de «panoramizador» de nuestra historia, su abertura de espíritu y su serenada sabiduría. Tan sólo por los títulos de los capítulos podrá hacerse una idea el lector de la materia tratada y de su estructura temático-argumental: los capítulos I y II abordan, respectivamente, «La experiencia de la República» y «El movimiento obrero ante la revolución»;<sup>53</sup> el capítulo III se extiende sobre «Las jornadas de Octubre», de

<sup>52</sup> Joaquín MAURÍN, *op. cit.*

<sup>53</sup> Puede que sea este último el más vivamente interesante, porque trata *in extenso* de las tres grandes tendencias del momento histórico: la socialista, la comunista y la anarquista. Todos estos movimientos fracasan y Maurín da a continuación la clave del éxito: el POUM, claro. Propaganda, sí; pero hay un sincero intento de comprender las razones de ese fracaso, aunque nos parezca que no siempre tiene razón. Un caso de confusiónismo —intencionado o no— es el

reciente actualidad al publicarse el libro, y el IV se titula «Socialismo o fascismo», única alternativa para Maurín, que puso en la primera carreta los bueyes del POUM formando —entre otros— las izquierdas juntas que harían del Frente Popular el bastión y a la vez las fuerzas ofensivas para resistir y abatir al fascismo ya organizado para dar el asalto a la República democrática.

Por último, también las ocho páginas del «Epílogo» (1965) merecen ser leídas por el gran provecho que pueden brindar a historiadores e historiógrafos de nuestros años 30. Persisten aquí algunos prejuicios de analistas marxistas al tratar del M. L., como ese tan creído según el cual la FAI habría influido determinadamente en la CNT, cuando en la CNT ha habido siempre elementos tan radicales o más que en la FAI. Y, por lo tanto, la FAI no ha servido más que de pretexto a la derecha española para denunciar un extraño fermento virulento y desestabilizador con que darle a la CNT un ánimo subversivo en permanencia. Falso. La CNT se bastaba y se sobraba para mantener por sí misma ese ánimo. Y la prueba está en que la FAI —o sus portavoces más conspicuos— se echó atrás en el momento en que el pueblo cenetista esperaba que se fuera «a por todo». ¿Sensatez? ¿Por qué no? Pero eso mismo desmiente el supuesto tan manido por los historiógrafos marxistoides de una FAI rabiosamente violenta e irracionalmente destructora, siempre atizando el fuego del hogar cenetero. No obstante, Maurín trata bastante bien al M. L. en general, sabedor como nadie de que fue el movimiento que más leal y valientemente defendió al POUM y atacó al PCE por la saña con que persiguió a sus fundadores, Maurín y Nin, y a sus incondicionales, inventándose para uso interno un trotskismo que está por demostrar y que el mismo Trotsky desmintió que constituyese la ideología del POUM.

Cierra el libro un «Apéndice», «Sobre el comunismo en España», escrito un poco antes de la publicación del mismo en 1964 en París y revisado definitivamente a ese efecto. Es este un trabajo, de tan esperado, inevitable. Es su ajuste de cuentas con el PCE. Es un pliego de cargos ante el tribunal de la Historia contra el partido que había decidido desde el primer momento hacer que se perdiera la guerra civil, aun haciéndose pasar por el primer campeón defensor de la República, pérdida que propició el haber favorecido tanto el PCE la *mainmise* de Stalin en España durante la guerra misma, seguro el «Hombre de Acero» de que, aunque se ganara la guerra, no ganaría la paz, dado que en España contaba el comunismo con una ínfima minoría de militantes. Desde luego, es un acta de acusación contra el PCE de casi 50 páginas en toda regla, tan bien documentada como duramente vindicativa, pero sin perder los estribos. Cuando escribe esta diatriba ha transcurrido todo un cuarto de siglo, tiempo más que suficiente para enfriar la sangre encendida

---

afirmar que «socialismo reformista» y anarquismo son hermanos gemelos, porque precisamente esos socialistas o socialdemócratas reformistas son los que de hecho han salvado al capitalismo, mientras que el anarcosindicalismo o el Movimiento Libertario no tienen ni un solo medio o truco previsto para que sirva del más mínimo apoyo al capitalismo ni a ningún régimen liberal fundado en el Estado y el capital.

otrora de indignación. Ya se había esponjado el espíritu, al fin libre de los fanatismos que crea la ambición política, las anteojeras de un partidismo —por si fuera poco— no ya militante sino rector. Muy útil, de todos modos, es esta bien argumentada invectiva, aun después de la derrota en toda la línea del régimen stalinista, porque se abren con esta lectura nuevos interrogantes, se refuerzan perspectivas entrevistas de salvación y se cierran viejas heridas ideológicas. En fin, nos depara este libro una paz balsámica que nos deja como prevenidos para el futuro y reconciliados con el pasado, por muy amargo, injusto y turbulento que haya sido.

En cuanto contribución a la revolución española del 36, la labor de Maurín ha sido una de las más especiosas y, por lo mismo, de las más difíciles de calibrar y calificar. Primero nos da una versión de praxis comunista *sui generis*, quizá única en el mundo, de un comunismo independiente, sin ciegas obediencias a la «mamá grande» ni al «hermano mayor» orwelliano; luego, una lección de indómito espíritu crítico, de insobornable soberanía de juicio, digna —por cierto— de un oscense.

Maurín se había propuesto seguir la línea de Lenin viniendo de Marx en directo, pero tampoco para seguirla con la fe del carbonero. Y, si resulta haber estado en las antípodas de Stalin, no por eso emuló a Trotsky porque —como él mismo ha afirmado en varias ocasiones— Trotsky ha escrito contra el BOC, primero, y contra el POUM después. Maurín quiso emprender una cuarta vía que internacionalmente plantea un pequeño problema de orden temporal y de denominación correspondiente. Es la suya una vía que no se atiene a la I Internacional (fundada por Marx y desaparecida por la oposición de Bakunin) ni a la II del socialismo reformista, ni a la III del comunismo. Pero si se le da al movimiento trotskista la denominación de IV Internacional, ¿la del POUM sería la V o la IV bis? Así que, sin salirse de los *principios* de Marx y Engels ni de los *medios* de Lenin y Bujarin, Maurín quiso alcanzar los *finés* de una revolución comunista no soviética ni patriótera (foco patógeno de nacionalismos excluyentes e imperialismos prepotentes y belicosos). Quiso implantar una especie de «tipismo» *avant la lettre*, fórmula del «mariscal» que tampoco ha dado buenos resultados a juzgar por las secuelas de monstruosos nacionalismos que se están ventilando en la actual descuartizada Yugoslavia, víctima de masacres y genocidios de tres guerras civiles nada menos. Y es que la dictadura es lo más fácil, a la corta, pero lo más funesto a la larga... Ley insoslayable: la opresión produce el estallido. Y el hombre solo no puede vivir a gusto sin libertad, pero tampoco la sociedad puede desarrollarse a sus anchas sin libertades. No hay que darle más vueltas. Estoy convencido de que Maurín llegó a pensar lo mismo al final de su vida. Y aun creo que no le hizo falta ninguna apología de lo libertario de su amigo Sender para alcanzar ese convencimiento.

Porque si fue marxista-leninista y anti-stalinista lo fue por autoimposición de unas razones de eficacia y fría planificación política y por creer, como Marx y Engels, que al clavo del Estado lo sacaría otro clavo: el del comunismo. Pero su

natural *bonansero* le llevaba a ser libertario desde el principio (antes de ir a Rusia) hasta el final (exilio neoyorquino). ¿Cómo podía ser de otro modo con los amigos que se echó en Huesca entre los 15 y los 20 años?

##### 5. Ramón J. Sender, niño precoz toda su vida a destiempo

Sender no ha ejercido en el terreno propiamente político su influencia sobre la revolución española. Ya lo dice él mismo:

Creo que no puedo ver ni sentir políticamente. No soy capaz de formar en las filas de los perros de circo ladrando a compás y llevando en la boca el bastón del amo ni por otra parte tengo el menor deseo de actuar de jefe de pista. (...) Tampoco mis experiencias de juventud fueron políticas. Ignoro lo que es una asamblea de partido o una reunión de célula. Pero sé que el poeta y el político son *specimens* opuestos e inconciliables y que las cualidades del uno y del otro se repelen. Cuando me he acercado a la política me he conducido como poeta (resultaba así un animal indefinible) y entre los escritores me consideraban a menudo un político. Unos y otros se engañaban y se irritaban al sentirse engañados. Pero un escritor no puede evitar la circunstancia social. Para mantenerse insensible a los problemas sociales en nuestro tiempo hay que ser un pillo o un imbécil.<sup>54</sup>

La enorme influencia senderiana sobre la revolución del 36 ha sido vehiculada en su tiempo a través de sus libros, de sus novelas en especial porque hay que apuntar enseguida que Sender ha sido sobre todo un gran novelista, aunque haya escrito ensayos magistrales, teatro interesante y socialmente concernido, cuentos deliciosos por su humor, su misterio o su sincretismo y aun habiendo producido una curiosa pinacoteca privada, complemento hermenéutico para descifrar su obra literaria. En sentido más amplio podríamos remachar y englobar la influencia senderiana en los lectores prerrevolucionarios españoles por su cultura y aquí entra en juego su extensa, varia y profunda labor periodística (*labor* se puede entender a lo labriego, labor de arado, de remover la tierra para hacerla fértil por nitrogenización—extrápólese a suelo de opinión pública—). A sus 34 años escribía en la revista *Tensor*:

La cultura es la lucha organizada por el dominio de la naturaleza. Donde comienza el hombre a percatarse de sus posibilidades en relación con un medio que ofrece resistencia y se une con otros para comprobar una misma

<sup>54</sup> Ramón J. SENDER, «Prólogo» a *Los cinco libros de Ariadna*, New York, Ibérica Publishing Company, 1957, p. VIII. Creo que estas afirmaciones son definitivas para establecer de una vez por todas cuál es el verdadero compromiso de Sender, eso que tanto se ha cacareado desde saeteros partidistas sin ver que el suyo es un compromiso de escritor esencialista, es decir, consecuente con el imperativo de hacer de la realidad su verdad y su pasión de forjar un mundo nuevo por mor de su imaginación creadora y su sensibilidad artística.

experiencia, sacar una inducción y generalizarla, comienzan la cultura y la civilización.<sup>55</sup>

Siguen a estas palabras siete magníficas páginas para demostrar que la cultura, sobre todo en España, supone antes que nada protesta contra la ley del poder, que es lo contrario del Poder de la Ley. Y hacia el final precisa:

... El caso nuestro no es el de Inglaterra ni el de Francia. No se trata de defender los fueros conquistados por la cultura, sino de infundir energía a la cultura que lucha en España hace siglos por desplazar a la teología y a la metafísica y que, sin perder la claridad de perspectivas de la energía ascendente, atraviesa períodos de asfixia como el presente, durante los cuales vuelven a nuestra atmósfera los fantasmas, los grilletes, las hogueras y los silogismos. La cultura está en la ilegalidad. Tiene su campo entre el proletariado intelectual, formado por profesores, médicos, escritores y empleados identificados, consciente o inconscientemente, con la idea del progreso y, por tanto, con los intereses de la clase obrera. La cultura en la ilegalidad no hace sino continuar la tradición de las letras españolas. Desde el Arcipreste de Hita hasta nuestros días, pasando por Rojas, Cervantes, Quevedo, por los neoclásicos y los románticos y por la llamada Generación del 98, la posición del hombre de pensamiento ha sido siempre de protesta y lucha. Todos los que han dejado una huella firme en nuestra cultura, en la cultura, se familiarizaron en España con la cárcel. No pocos cayeron en la horca o en la hoguera. De ahí viene el desdén de las clases dominantes por el hombre de letras que procede del pueblo y en el que se supone una posición disconforme. Sólo tolera las letras en el canónigo o en el duque. *Lo demás es gente de sambenito y corozza*. Y tiene razón. Les asisten quince siglos de experiencia.<sup>56</sup>

Es decir, gente destinada a la pira previamente pasada por las cámaras de tortura inquisitoriales.

Preguntado por mí si creía que «la literatura es un factor de influencia socio-política o que debe serlo», Sender me contestó:

Lo es fatalmente y decisivamente, querámoslo o no.<sup>57</sup>

Luego no es Sender de los que se aíslan en su torre de marfil ni de los que rehúyen la realidad del mundo sino de los que la quieren conocer a fondo para re-

<sup>55</sup> Ramón J. SENDER, «La cultura española en la ilegalidad», *Tensor*, 1-2 (agosto de 1935) (reed. en *Polémica*).

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 25. El subrayado es nuestro.

<sup>57</sup> Pregunta n.º 26 del cuestionario que le remití a Sender cuando preparaba mi tesis sobre su obra (1967); posteriormente ha sido publicado, junto con algunas cartas que nos hemos cruzado, en *Alazet*, 3 (1992), pp. 175-224.

crearla, precisamente, por su arte. Y en este sentido le he llamado «realista» a Sender, pero también *mágico*: realista mágico de lo más trabado lo uno en lo otro y lo otro en lo uno.<sup>58</sup> Porque se atiene a la estricta realidad para hacerla volar *mágicamente* en la imaginación del lector. Y por eso es injusto o malintencionado quien le reproche a Sender no haber responsabilizado su obra con un compromiso político-social y ético-religioso (en el más noble sentido antieclesiástico de lo religioso). Por su obra pasa todo: la vida individual, la de grupo, la de comuna, la de sociedad... Pero lo importante es que todo eso *re-pasa*, vuelve a pasar, revestido de utopía, corregido y aumentado por la visión profunda del autor con la que se iza la cotidianidad al *desideratum* futurible, hacia nuevas y mejores fórmulas de calidad de vida material y espiritual. Claro que no bastaría aportar todo eso en abstracto, porque para surtir su efecto lo primero que hace falta es talento de narrador, saber hacer vivir las experiencias aleccionadoras en el lector como si fueran propias. Y en la medida en que Sender logra poner en marcha en sus libros la imaginación y la fe en la acción y pasión por él apuntadas habrá tenido, tiene y tendrá esa influencia en la sociedad a través de la opinión pública «fatal y decisivamente»; libros de Sender que han debido de influir en sus lectores y, por ende, en España y en los países en que se vendieron antes de la guerra. Por cierto que países hubo en que se leyó más que en España a Sender, como Alemania, Francia, Estados Unidos, Italia, Holanda e Inglaterra... y me refiero a títulos como *Imán* (1930), *Siete domingos rojos* (1932), *Viaje a la aldea del crimen* (1934), *El secreto* —teatro— (1935) o *Contraataque* (1937). En todas estas obras se acusa, se denuncia la mentira y la injusticia social, redobla en las conciencias del pueblo español algún tambor de escándalo inmoral, alguna situación de oprobio flagrante, algún crimen que clamaba al cielo, cuando no algún desastre nacional: la vergüenza de la guerra de Marruecos, tan injusta como absurda, ridícula y obsoleta (*Imán*, la primera novela senderiana y ya una gran novela); el vilipendio que significaban las cárceles de la dictadura primorriverista (*Orden Público*); la gesta de unos luchadores enervados por un programa de reivindicaciones laborales por medio de la acción directa y trascendiendo a la revolución social (*Siete domingos rojos*); la masacre a sangre fría contra unos inocentes del agro andaluz tan sólo culpables de idealismo (*Casas Viejas...*), y, en fin, la gran tragedia de un pueblo pisoteado por la bota militar, maldecido por el clero, negado y renegado por las democracias (?) europeas y, en el horizonte, la cerrazón de los fascismos internacionales del fatídico eje Berlín-Roma-Tokio declarándose al poco tiempo a favor de Franco, contra cuyo golpe de estado se levantó este pueblo para sobrevivir en dignidad y democracia (*Contraataque*)...

En todo caso, Sender no ha traicionado jamás a su pueblo como han hecho tantos escritores españoles que, con tanta fortuna para nuestras letras, supieron *inspirarse* sin embargo en el mismo pueblo nuestro pero que con tan poca gracia y tanta ingratitud se han negado a *conspirar* con él en su lucha siempre clandestina y desaventajada contra sus tres grandes enemigos: la Iglesia, el Ejército y el Capital,

<sup>58</sup> Cfr. mi tesis doctoral «*Imán*» y la novela histórica de Ramón J. Sender, Londres, Tamesis Books, 1971.

tres personas en un solo dios verdadero: el Estado opresor con su policía siempre a punto para aplastar huelgas actuando indefectiblemente contra los obreros, jamás contra los patronos por *lock-outs* y represalias que declararan, y siempre dispuesta a obedecer al crimen mandado incluso con fórmulas de hipócrita perversión criminal como la tristemente famosa «ley de fugas».

Y eso que Sender no es de los que han dicho —histriónicamente— «me duele España», pero es de los poquísimos que supo sentir el formidable latido popular hecho CNT-UGT-UHP... Sender ha estado siempre cerca del trabajador, quizá especialmente del campesino —al que conoce mejor—, pero no menos cerca del místico y del asceta, religiosos verdaderos pero sin iglesia.

Para él han sido tan revolucionarios y libertarios o más un Miguel Servet, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa de Jesús y un Miguel de Molinos que un Anselmo Lorenzo, un Fermín Salvochea y un Ramón Acín. Y, hablando de Ramones, a su tocayo Ramón Llull lo considera un ejemplo a seguir tan persuasivo y carismático como fray Bartolomé de las Casas o Tupac Amaru, al igual que en otro tiempo un Espartaco.

En todo esto se advierte la universalidad de la *empatía* de Sender: por todas partes y en todo tiempo y situación histórica ha sabido captar y darnos trasunto artístico (trascendiéndola) de toda vivencia moral o secuencia cultural hechas psico-sociodramas en presencia y actualidad, así como de todo trasfondo intrahistórico por complejo y palimpsístico que haya sido. Va a Marruecos y construye a partir de esa experiencia una novela del drama prototípico de un soldado del pueblo que sufre aquella barbarie, aquel absurdo ridículo de una ruindad que produce vómitos, *Imán*. Va a la cárcel y escribe ese canto a la libertad con el viento por símbolo, lo único que refresca la imaginación del recluso sumido en la mugrienta arbitrariedad de la cárcel española, *O. P.* Vive luego la épica de los anarcosindicalistas en huelga en la misma capital española, ya preparando sabotajes para castigar al capital, ya sacando a la calle la ira de los rebeldes oprimidos a fin de atizar la gran ira, la del pueblo contra la injusticia económica y política que sufre, y entonces Sender entona un himno (*Siete domingos rojos*) a los modernos héroes en blusón y gorra y a sus bardos del periodismo revolucionario que precede, previene y pregona la gran lucha trágica que se avecina, profetizando incluso a cinco años vista el inédito salto al vacío del pueblo español impacientado por aquellos picadores, que como un toro cierra por fin los ojos y embiste hasta el puntillazo..., el cual inexorablemente llegará en abril de 1939.

Con tres años ya de *República de Trabajadores* se produce el escándalo de Casas Viejas y, primero, desde el diario, denuncia Sender (*Viaje a la aldea del crimen*) la salvajada de aquellas fuerzas del orden (?) que no tienen inconveniente en ametrallar a una pobre familia campesina y enconarse en su patriarca, el «Seisdedos», *culpable* de soñar con una sociedad que fuese verdaderamente de los trabajadores

de la República.<sup>59</sup> En fin, le toca hacer la guerra civil y pinta Sender el horrendo cuadro de la contienda fratricida, el martirio de tanto inocente, la mentira colosal de la gente de orden con el clero a la cabeza acusando a la República de ser tan blanda y tan floja con los pobres (?) y pone en la picota a las *soi-disant* democracias del mundo, aterrorizadas por Hitler y por terror capaces de venderse al diablo y de abandonar a España a su desgracia. ¡Cuánto coraje *malmartido*! Y Sender escribe *Contraataque*. Fue un gran toque de alerta para la intelectualidad del mundo entero. Algo es algo. Este libro estaba destinado a ejercer influencia en el extranjero, como obra literaria de propaganda de la República española con la que neutralizar en lo posible la invasión de dictados franquistas que el gobierno de Burgos había hecho propagar por todo el mundo gracias sobre todo a la poderosa ayuda que le prestaron todas las instituciones de Europa y América de signo conservador, clerical, capitalista o imperialista, amén de las organizaciones y estados fascistas o cuasifascistas, por supuesto.

Y si su calidad de aragonés le llevó a escribir *Crónica del alba, Solanar y lucernario aragonés, El lugar de un hombre, Bizancio o Réquiem por un campesino español*, el simple hecho de haber tenido que exiliarse y vivir en América los últimos 42 años de su vida le inspira, motiva y compele a escribir toda una docena de novelas y cuentos, sin contar las cuatro obras de teatro y otros tantos ensayos de envergadura que arroja la producción senderiana en, de y sobre América.<sup>60</sup>

No cabe duda de que, después de treinta años de apagón, mordaza y cencerros tapados, se produce en España un «boom Sender» a partir de 1966, cuando se publica *Crónica del alba* ya completa, con sus nueve libros; va subiendo con la edición de *El bandido adolescente, Tres novelas teresianas y Jubileo en el zócalo* en Barcelona, así como con *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* en Madrid, en 1967, y aún va remontándose, en 1968, con la aparición nuevamente en la ciudad condal de *Las criaturas saturnianas, Bizancio* en Andorra y *Don Juan en la mancebía* en Méjico, culminando por último con el premio Planeta a su novela *En la vida de Ignacio Morel* (1969). Un hecho importante en esta ascensión fue el de levantar la veda de la censura al libro que más fama y prestigio le ha dado en España y en el mundo entero, *Réquiem por un campesino español*, publicado por Destino en 1977, aunque ya se hubiese editado en 1953 en Méjico con el título de *Mosén Millan* y luego ya con el definitivo de *Réquiem...* en Nueva York en 1960, en edición bilin-

<sup>59</sup> ¿Es posible que vociferase el gran intelectual republicano Manuel Azaña «¡Tiros al vientre!», dando órdenes a los guardias de asalto autores de semejante ejecución impune y nunca demandada a juicio?

<sup>60</sup> Esta copiosa entrega de nuestro escritor a América —en la novela, el cuento, el teatro y el ensayo— la he abordado recientemente en mi libro *La integral de ambos mundos: Sender, de inminente aparición* en Prensas Universitarias de Zaragoza (292 pp.); de haberlo podido presentar a su tiempo, en 1992 —año consagrado al Quinto Centenario del Descubrimiento de América—, esta dedicación senderiana podría haber figurado como el mejor tributo de un escritor aragonés a esa celebración y, sobre todo, como magnífico ejemplo de un intelectual español cuya obra potencia, propicia y paradigmatisa la siempre más necesaria labor intercultural entre la península Ibérica y el mundo que ha fecundado en América y del que no puede ni debe desentenderse sin empobrecerse ella misma.

güe; también deja imprimir por fin doña Anastasia franquista ese monumento y símbolo universal de humanidad titulado *El lugar de un hombre* (1968).

A partir de 1976 y hasta 1981 aparecen tres o cuatro libros nuevos de Sender cada año y la apoteosis senderiana se produce al morir (el 16 de enero de 1982, en San Diego, California), hecho que levanta toda una corona de glosas, semblanzas y devotos recuerdos en su memoria en toda la prensa y revistas culturales —más especialmente las literarias, naturalmente— de toda la crítica española y del extranjero, más artículos de no pocos intelectuales que, sin ser críticos literarios de oficio, se sintieron movidos a dar testimonio de la pérdida de tan gran escritor. Pero sólo la crítica no habría sido bastante para hacer popular a nuestro novelista. Fueron la radio y la televisión las que acabaron de darle el título de novelista popular en España.

¿Fue la última traca de una pirotecnia efímera como toda moda?<sup>61</sup> Algo de eso ha habido, pero no por la crítica seria sino por el gran público, tan fácil a la hora de adorar a un ídolo como a la de abandonarlo en cuanto no aparece día sí,

<sup>61</sup> Decíamos en nuestro Seminario «Sender para estudiantes» (impartido en el Instituto de Estudios Altoaragoneses en mayo de 1991 y publicado en la revista *Alazet*, 3 [1991], pp. 115-123): ¿Fue también, pues, aquello de Sender una moda? ¿Puede haber modas literarias? Malo si la adicción a un autor se comporta como moda efímera, volitaria, sin dejar huellas hondas, sin secuelas memorables o reiterativas en el tambor de nuestra memoria. No creo que en nuestro caso sea tan grave como en modas de *pret-à-porter* o de *snobismos* literarios de quita y pon para lucir en las tertulias o en los salones a gusto de la anfitriona postinera. Porque es de creer que a los miles y miles que en los años 70 y 80 les gustaba Sender siga gustándoles. Tampoco la cultura literaria es un surtido que haya que renovar liquidando unos artículos para sustituirlos por otros, sino un depósito que se enriquece por acumulación y en que nada bueno se pierde por añadir otro bueno, sino al revés. Verdad es que hay efectos de *marketing* hasta en el juego de ofertas y demandas culturales y que, gracias a oportunas promociones, suben unos valores y bajan otros. Pero lo valioso (garantizado como tal por el tiempo alcista) siempre queda en alto, fuera de cambios. Y para que salga el buen paño del arca, hay que abrirla y desplegarlo, ese paño bueno, mostrarlo al sol y a los focos, a la luna y a las estrellas, desde todos los ángulos posibles y sobre todo sus partes más nobles, aunque sea en detrimento de las partes menos agraciadas.

De ahí que debamos presentar en bandeja ante los estudiantes lo mejor, lo indiscutiblemente mejor de Sender. Por ejemplo: *Imán*, *Siete domingos rojos*, *Mr. Witt en el cantón*, *El lugar de un hombre*, *Epitalamio del Prieto Trinidad*, *Crónica del alba*, *La esfera*, *El rey y la reina*, *El verdugo afable*, *Réquiem por un campesino español*, *Los cinco libros de Ariadna*, *Bizancio*, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, *Tres novelas teresianas* y *Las criaturas saturnianas*. Y para entremeses, a lo mejor otros tantos títulos que pueden ser obras más divertidas, capaces de demostrar, sobre la marcha, la gran capacidad, el talento polifacético y el inagotable ingenio de nuestro autor. He aquí los que yo propongo: *O. P.*, *La luna de los perros*, *Carolus rex*, *El bandido adolescente*, *Nocturno de los 14*, *El pez de oro*, *El alarido de Yauri*, *La efemérides*, *La mirada inmóvil*, *Monte Odina*, *Mexicayótl*, *Las gallinas de Cervantes*, *Los tontos de la Concepción* y *Novelas ejemplares de Cibola*.

Con este escogido repertorio literario, hay que demostrar que es un arte completo el de Sender. Primero, porque satisface el requisito de la más alta literatura; no hay, en efecto, ni un solo poeta ni un solo dramaturgo ni un solo novelista ni un solo escritor grande, en fin, que no tenga ideas, que su obra no haga pensar y asombre o maraville por la originalidad de sus reflexiones, que pueden presentarse como simples ocurrencias, como frases ingeniosas (*mots d'esprit*) o como expansiones líricas trascendiendo a fórmulas inéditas y multívocas, a imágenes oníricas, a enigmas y arcanos entreabriéndose. Una gran lectura ha de dejar pensativo, pero gozosamente pensativo, porque te ha enriquecido por dentro. Y para experimentar ese gozo, no bastan las ideas por originales y profundas que sean, que para eso están los tratados filosóficos y los ensayos. Como Camus, ha hecho Sender novela y ensayo especulativo y ambos han filtrado filosofía en sus novelas. Y ambos asimismo nos hacen pensar gozosamente porque saben expresar sus ideas bellamente, poéticamente. Y que han sabido poner en su prosa poesía es fácil de demostrar: en Camus, basta con leer *La caída* y *Las bodas* y en Sender con leer cualquiera de las obras de nuestro primer escrutinio. En cada una de las elegidas es facilísimo dar ejemplos de la originalidad de pensamiento, de la belleza con la que lo expresa, del misterio con que lo envuelve —si se terciá— y de la tensión poética con que vibra el drama narrativo o la escena hilarante, el idilio amoroso o el furor de una injusticia...».

día no, en los medios de comunicación. Porque, de hecho, la popularidad se la dieron más sus obrillas de entretenimiento que otra cosa, desde *El bandido adolescente* hasta la serie de cinco libros dedicada a *Nancy*. Y todavía más, por descontado, las obras que se llevaron al cine —*Crónica del alba*, *Réquiem por un campesino español*, *El rey y la reina*, *Las gallinas de Cervantes*— o las películas realizadas a partir de novelas de Sender —«El azote de Dios», de Herzog, inspirada en *Aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, que también dio lugar al filme de Carlos Saura «El Dorado»; «El crimen de Cuenca», de Pilar Miró, basada en *El lugar de un hombre*, etc.—.

Pero también las impresiones fílmicas se desvanecen pronto. No así las grandes obras de Sender, que dejan un indeleble impacto. De las novelas que escojo en nota al pie como las mejores a mi juicio, cada cual pondrá su orden o *ranking* según su propia experiencia y *gusto literario* (ese resultado personal por el que la obra nos haya inspirado fecundas ideas y placenteras emociones intelectuales o del corazón). Pero ese mismo gusto puede saltarse el marco del cuadro de valores que yo propongo y encariñarse o sentirse más afín o más cómodo con otras obras innombradas por mí. ¿Por qué no? Pero de lo que estoy seguro es de que de la *opera omnia* de Sender se pueden sacar obras para todos los gustos, que no en balde es copioso el surtido y variadísima la temática, así como multiperspectivista su estructura narrativa.

En definitiva, no puede haber la menor sombra de duda de que la obra de Sender, gracias a su popularidad, ha tenido que influir en la formación de la mentalidad básica de la española y del español, individuo a individuo, así como también en la evolución de la opinión pública de nuestro país, haciéndola más crítica, más abierta, más libertaria y, por tanto, más democrática, en una palabra.

Pero, ¿cómo pudo influir en aquel pueblo español que por un lado se sentía abocado a una lucha a muerte con sus seculares enemigos (encarnados todos en el franquismo) y, por otro, se veía llamado a improvisar una revolución sin precedentes, absolutamente inédita, pero que no podrá más que adolecer de muchas deficiencias internas y externas? Difícil y problemática cuestión. Porque si Sender fue sin duda alguna uno de los tres o cuatro escritores que más influyeron en formar la mentalidad prerrevolucionaria en España, ello ocurrió antes del gran momento del 36, fundamentalmente por sus novelas de antes de 1935, incluida la gran advertencia que lanza a toda España desde su magnífica novela histórica *Mr. Witt en el cantón*. Por desgracia este aviso llegó demasiado tarde, como demasiado tarde llega él mismo, porque cuando se precipitan los acontecimientos y se produce el gran choque del pueblo español contra el ejército fascistizado, Sender ha cortado el cordón umbilical que le unía sensible y directamente con ese pueblo, es decir, se ha separado de la CNT y ha ido a ayudar, sin siquiera comprometerse como afiliado, al PCE, que por entonces aún constituía un insignificante grupúsculo político y, por lo tanto, no podía representar al pueblo español ni por el forro.

Al proclamarse la República, el PCE «apenas contaba con 800 militantes». <sup>62</sup> De febrero a marzo de 1936, sus efectivos pasaron de unos 30.000 a unos 50.000 militantes; en junio contaba con 84.000 y en vísperas de la sublevación militar fascista, o sea, el 18 de julio, engrosaban sus filas unos 100.000 militantes. Y esta afluencia no procedía del Partido Socialista ni del BOC ni mucho menos de la CNT, porque en estos tres movimientos aumentó considerablemente el número de sus cotizantes, especialmente en la CNT, que en julio de 1936 contaba con más de dos millones (un poco más que la UGT, con sus dos millones escasos). Si tenemos en cuenta los 10.000 afiliados al POUM (que sucede al BOC), la afiliación del PCE constituía, así y todo, apenas el 2,5% de la población obrera española. Y ese «así y todo» entraña el fenómeno de una población obrera y de la clase media flotante que se arrima a los comunistas porque se les ve trepando a toda prisa hacia el Poder y porque hacían insidiosas promesas de favores y «enchufes» en cartera o bajo la manga.

Pues bien, Sender se pasa a los comunistas un poco antes de ese espectacular crecimiento del PCE al que la gente sin ideas se incorpora por no presentar ninguna actitud luchadora y ser, por el contrario, conformista, pragmático y posibilista. En 1936 el PCE no tenía ni un solo diputado en las Cortes españolas y, después de haberse producido la insurrección militar, el general Queipo del Llano tomó Sevilla sin ninguna dificultad, a pesar de que era Sevilla el *soi-disant* feudo del Partido, que por algo la llamaban «Sevilla la Roja» los comunistas (lo que nos recuerda aquel otro caso vergonzoso de la República de Weimar en que se decía que había mucho comunista, pero llegó Hitler y se apoderó de todo sin pegar un tiro).

Así que no hay más remedio que constatar un fallo, un mal paso de lo más inoportuno para Sender: en el momento cumbre, en el instante en que en la historia de España se da el gran golpe de timón, Sender está de vacaciones dobles (veraneando en la sierra y perdido el pulso del corazón de nuestro pueblo, de su motor de más revoluciones: el Movimiento Libertario).

Y lo mismo le ocurre a Joaquín Maurín. He aquí mi prueba definitiva: más de una semana antes del golpe militar del 18 de julio de 1936, en los ateneos libertarios de Barcelona se hacía guardia por la noche en previsión de la inminente militarada. Y en la madrugada del 19, el ejército sublevado se encuentra en las calles y plazas barcelonesas con la gran sorpresa de centenares y luego millares y millares de paisanos armados que le hacen frente hasta delante de los cuarteles mismos. Desde multitud de casas se abre fuego contra ellos y el pueblo acaba por hacer morder el polvo a los militares, a quienes no queda otra salida ni remedio que rendirse a los pies del pueblo por primera vez en toda la historia. Si Maurín y Sender hubiesen estado conectados con aquella ansiedad ante un golpe de estado amena-

<sup>62</sup> Dolores IBARRURI, *Historia del Partido Comunista de España*, Paris, Éditions Sociales, 1960, p. 68.

zante de un momento a otro no se habría ido el primero a Galicia y el segundo a San Rafael a veranear.

Lo más triste del caso es que fue, en Sender, un transfuguismo muy transitorio, hasta efímero podríamos decir, y que no tardó ni un año en abandonar el Partido, contra el que estaría despotricando y denunciando sus crímenes hasta el fin de sus días. Lástima que no lo hubiese hecho antes de la gesta única abanderada por la CNT (porque a estas alturas ya se puede decir sin ningún asomo de duda que el triunfo del pueblo contra el fascismo, el primero en el mundo —aunque fuese por poco tiempo—, se debió a los aguerridos cuadros formados por la CNT).

Por eso no nos asiste demasiado el derecho a arrebatarle a Sender su compartido timbre de gloria con los otros cuatro oscenses aquí agrupados por haber estado aislado de la onda popular tres o cuatro años cuando, por otra parte, influyó con tanta eficacia en la opinión pública española, europea y americana a plena onda sintonizado por onda media para España y por onda corta para América. En el campo literario seguramente no hubo ningún otro que pudiera igualársele como concienciador por su obra de la gente de su misma habla, entendiendo por conciencia la revolucionaria, pero de un revolucionarismo no violento. Al contrario, nos cumple rendirle tributo como al primero por haber sido su obra la más completa arenga al pueblo para que éste ganara la batalla de una cultura libre («ilegal» escribió él mismo) y dirigir una batería de ideas, la más cabalmente liberadora desde las esencias democráticas.

Volviendo a aquel grupo de la Huesca de los años 20, el menos marcado y enmarcado fue Sender. Su despertar a la conciencia social tuvo lugar en Zaragoza. Y desde el principio lo hizo tras las aspilleras del siempre cercado y hostigado castillo ácrata. Por un lado tenemos el testimonio de Sender mismo de haber conocido de muy joven a un quiosquero anarcosindicalista, Ángel Chueca,<sup>63</sup> el mismo al que vio caer en la calle en un tiroteo durante la sublevación del cuartel del Carmen en enero de 1920, de cuya amistad saltó la chispa de su posterior simpatía, ya adulto, por las ideas libertarias.<sup>64</sup> Por otra parte tenemos el hecho de que en la revista zaragozana *El Escolar* (siendo aún bachiller de tercero en el Instituto de Zaragoza) escribiera un artículo sobre Kropotkin y por aquellos años leyese ya *El Talión* de Huesca, *Germinal* de Zaragoza y *Tierra y Libertad* de Barcelona, entre otras publicaciones revolucionarias.<sup>65</sup> Un poco como los otros cuatro del grupo que llamo de punta de

<sup>63</sup> Ramón J. SENDER, *Crónica del alba*, Barcelona, Delos-Aymà, t. III, pp. 465 y ss. En verdad se llamaba Checa.

<sup>64</sup> Cfr. Jesús VIVED MAIRAL, «El primer Sender», «Introducción» a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses (Colección «Larumbe»), 1993.

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. XIV-XVI. Luego estuvo en Alcañiz siguiendo los estudios de bachillerato y trabajando de mancebo de botica por el prurito de ganarse la vida sin depender de la ayuda económica de su padre, pero en esta última ciudad permanece poco más de un año, contra lo que él mismo escribe en *Solanar y lucernario aragonés*, Zaragoza, Herald de Aragón, 1978, p. 297: «Viví mis primeros dos años en Chalamera, pasé cinco en Alcolea, tres en Tauste, cuatro en Zaragoza y uno y medio en Alcañiz. (...) Después unos meses en Madrid y luego otra vez en Huesca, hasta entrar en el

lanza de la prerrevolución española del 36. Ya hemos visto que Maurín publicó un artículo antimonárquico en *El Talión* que le costó un proceso; que Samblancat trabajaba entonces en *La Crónica de Aragón* y luego en Barcelona en sucesivas publicaciones de humor subversivo; Alaiz acudía por Huesca en torno al centro de todos que era Acín...

Es curioso que Huesca aparezca tan poco en la copiosísima obra de Sender. Por ahí se demuestra una vez más, por si hiciera falta, que su obra sigue la sombra de su biografía y que, como ésta ha sido tan varia en el espacio, forzosamente ha de ser la otra movediza multitópicica y especialmente metablética. Como escribe allí donde está y de lo que ve y vive de cerca, aunque siempre a cierta distancia, su obra ha de ser por lo mismo el resultado de muchos escenarios y guiones. Y como, además, la obra que cuenta la escribe a partir de sus 25 años a esa edad ya ha dejado de estar en Huesca, si bien con los libros y partes de sus libros en que vuelve la vista atrás ya podía haber evocado más, pero que mucho más, a la capital de su provincia natal.

Hace poco se publicó un simpático librito del turolense Clemente Alonso Crespo,<sup>66</sup> profesor en Zaragoza —entre otras aportaciones valiosas, este autor nos ha presentado al poeta zaragozano más importante de este siglo, Miguel Labordeta—. En este texto Clemente Alonso sólo ha podido entresacar, de sus alusiones a Huesca, el prólogo con el que le dedica a su hermano Manuel la magnífica novela *El rey y la reina*<sup>67</sup> y en él Sender sólo nombra Huesca para decir que fue fusilado por los franquistas siendo aún alcalde de la capital oscense. La siguiente edición<sup>68</sup> suprime el prólogo y sólo queda esta somera dedicatoria: «Al recuerdo de mi hermano Manuel, fervorosamente». Pese a todo, aquellas veintitrés líneas con las que tan emotivamente evoca y ensalza a su hermano Manuel en la edición bonaerense consagran a Manuel Sender Garcés para siempre.

Creo que en ninguno de sus libros se habla tanto de Huesca como en *Monte Odina*, de la que podemos transcribir varios pasajes:

En Huesca hay mucha edificación mudéjar cerca y alrededor de la catedral. El palacio-castillo de Siétamo tiene el mismo carácter. La edad más vieja que cita Del Arco en relación con este castillo es el siglo XIII, pero los cronistas académicos suelen ser conservadores en esa materia. Basta con una mirada al exterior del castillo-casa de labor (almunia fortificada) para ver que la relación entre el castillo y el pueblo es la de los burgos castrenses. Es decir, que fue

---

servicio militar». En realidad no llegó a dos años en Chalamera, seis largos en Alcolea, dos en Tauste, tres y pico en Zaragoza y dos en Alcañiz (1917-1918), donde acabó el bachillerato con la obligación de examinarse en Teruel.

<sup>66</sup> Me refiero al «Cuaderno Altoaragonés de Trabajo» titulado *Tierras oscenses en la narrativa de Ramón J. Sender*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992.

<sup>67</sup> Buenos Aires, Jackson, 1949.

<sup>68</sup> Barcelona, Destino, 1970.

mucho antes el castillo que la aldea. Y —todavía— que la población nació como excrecencia del castillo.

Una población —en suma— castrense en sus hábitos y tareas. Los árabes encontraron el castro más o menos habitable —tal vez ruinas desde los tiempos romanos— y se instalaron en la fortaleza mientras los pecheros trabajaban para ellos.

Todo el pueblo tenía un cierto aire de dependencia del castillo.

Sin embargo, era un pueblo liberal y los fascistas debieron destruirlo con gusto (un gusto entre bárbaro, estúpido y criminal) desde Monte Aragón. Especialmente agradable debería de ser para ellos dirigir los cañones sobre la residencia del antiguo conde de Aranda que en la segunda mitad del siglo XVIII gobernó a España con Carlos III y ordenó la expulsión de los jesuitas del imperio español. Y aconsejó al rey que obtuviera la disolución de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV, quien lo hizo acusando a los jesuitas de ser dañosos al cristianismo y enemigos de nuestra fe (...)

Recuerdo el cerro de San Jorge (ermita y llano del mismo nombre en Huesca). La ermita conmemora la batalla de los árabes en que fue reconquistada la ciudad. (...)

Tenemos en Aragón tres cuartas partes de substancia *beriber*, y los que no la tienen son, como dicen allá, «unos poca substancia».

El castillo de Monte Aragón fue construido, según dicen, por Sancho Ramírez...

También ese castillo lo entregó Sancho Ramírez a los agustinos. Desde entonces hasta 1835, el monasterio-castillo, llamado «real», fue almacenando tesoros artísticos de todas clases.

En la sacristía de San Pedro el Viejo (Huesca) había un bajorrelieve de alabastro procedente de Monte Aragón y encuadrado en un marco del siglo XVI. El bajorrelieve era un San Jerónimo desnudo y orando. Podía ser de Miguel Ángel y el hecho de que procediera de Monte Aragón, verdadero museo renacentista, abonaba la sospecha. (...)

El retablo gótico del monasterio, un verdadero prodigio, fue trasladado en 1835 (con motivo de la desamortización de Mendizábal, el político de más clara visión del siglo XIX) a la catedral de Huesca.

Allí, en Monte Aragón, estaba el sarcófago de Alfonso I el Batallador, nada menos. (...) Había en las piedras de Monte Aragón una especie de mala voluntad contra los hombres. No es raro que en 1936-39 los oscenses de naturaleza criminal (que no faltaban) pusieran allí sus baterías y gozaran tanto matando aragoneses liberales y destruyendo pueblos de tradición democrática. Montearagón —o Monte Aragón, es lo mismo— está en una tierra supercastrense que por sí misma tiene muy poco de colonial, ya que es en su mayor parte estéril o de poca feracidad y vive de la ayuda del Estado, de los regimientos, de las delegaciones ministeriales, de los conventos y de alguna ganadería y agricultura. Pero Huesca es una ciudad hermosa y de antiquísima tra-

dición, con su universidad sertoriana verdadera y su falsa «campana de Huesca», sobre la cual escribió Cánovas del Castillo una mala novela.

Sertorio, enemigo del despotismo, fundó la universidad «para educar a los hijos de los jefes ibéricos» y con ese pretexto los retenía como rehenes y se prevenía contra la rebeldía de los nativos. (...)

Montearagón entero es como la torre albarrana de otro castillo mayor: la ciudadela de Huesca. El castillo de Huesca tuvo sus cimientos y los sigue teniendo en donde está ahora la catedral. Debía ser una fortaleza de gran valor estratégico frente a los llanos de Tardienta y de Almudévar y Zuera. El castillo de Huesca debía ser vitalísimo para la defensa de Zaragoza por un lado y por otro de las serranías.

Pero así como Zaragoza es una ciudad colonial y naturalmente rica, Huesca es artificial. Alrededor del castillo de Huesca (siglos IV y III antes de J. C.) se acercaban pelaires, talabarteros, vendedores de víveres y de vino o cerveza. Muchos de ellos se quedaban al socaire de sus muros, para tener protección. (...)

... En ciudades coloniales como Zaragoza, Barcelona, Sevilla, Málaga, Valencia hay más sentido de solidaridad humana, y no es porque sean ciudades grandes, cultas y ricas. En pueblos coloniales del Bajo Aragón (Puebla de Híjar, Valderrobres, Alcañiz) ese espíritu de solidaridad natural existe también.

Lo curioso es que a mí me gustaba más Huesca, aunque los aragoneses de otras partes nos llaman «fatos», es decir, «fatuos». Las mujeres me parecían más estilizadas y bonitas, y los hombres más pintorescos y tozudamente obtusos, pero enterizos de carácter.<sup>69</sup>

También habla Sender de Huesca en *La Tierra*, cuando él era el director de este diario oscense. Hay que hacer un rodeo, pero ya llegaremos. Transcribo:

—En eso, que usted llama amablemente mi brillante peregrinación artística, lo más notable, si no por su valor intrínseco, por su interés para los lectores de LA TIERRA, es la conferencia que pronuncie en Besanzón.

—¡Oh Besanzón! —no podemos menos de exclamar—. Prolífica patria de genios: Víctor Hugo, Proudhon, Vignier...

Mr. Falgairolle ha agradecido, con una sonrisa de patriótica satisfacción y legítimo orgullo, nuestro entusiasmo y ha continuado.

—En esa ciudad, importante foco de cultura de la nueva Francia, les hablé de Huesca. Mi conferencia versó sobre los monumentos artísticos que poseen ustedes, extendiéndome después en temas literarios: sus costumbres, su historia... El tema era sensacional para una ciudad como Besanzón, eminentemente española.

<sup>69</sup> Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, Zaragoza, Guara, 1980, pp. 67-72.

Porque Besanzón —continúa— es española hasta en los menores detalles de su arquitectura, de sus costumbres. (...) Algunas de sus construcciones me hicieron recordar los edificios de estilo aragonés que vi el año pasado por Teruel, Zaragoza y aquí mismo, en Huesca; moradas de ricos-homes e infanzones de rancio abolengo que ha dado a Aragón una hermosa leyenda de hidalguía y de nobleza.<sup>70</sup>

No es mucha la cosecha, pero valía la pena conocer algo de lo que Huesca haya inspirado a Sender. Además, hay que recordar que no se prodiga en ningún libro en descripciones, porque no es un escritor descriptivo, como Blasco Ibáñez, por ejemplo. Y otra consideración, quizá la más definitiva: Huesca era, para él, un lugar íntimo; así como ha hablado tan poco de su madre, el ser que más amó en su vida, tampoco es de extrañar que no haya escrito sobre «la ciudad del tapiz», como la llama Felipe Alaiz. Por otro lado, estoy de acuerdo con Jesús Vived cuando, en su sabia y completa «Introducción» al libro antes citado, escribe:

Si bien Ramón J. Sender conocía al dedillo la vida oscense y con el tiempo estuvo vinculado a los anarquistas, no consta que estuviera comprometido con ellos durante su estancia en Huesca. Se hallaba entregado en cuerpo y alma a *La Tierra* y, aunque en sus escritos de opinión destilase en alguna ocasión inconformismo y sentido crítico, se conformaba a la línea conservadora de ese periódico.

[En nota] Pregunté a Katia, hija de Ramón Acín, sobre la relación de su padre con Ramón J. Sender mientras éste vivió en Huesca y me dijo que el gran escritor no perteneció al círculo de su padre.<sup>71</sup>

Katia tiene razón en su recuerdo. Pero el caso merece ser concretado. Siempre he pensado que Sender no madura en conciencia crítica ni llega a sazón en sus convicciones de rebelde social hasta mediados los años 20. Entre sus artículos en *El Telegrama del Rif* (continuación de conformismo de los de *La Tierra*) y su primera gran novela, *Imán*, media toda una travesía del desierto: experiencias de vergüenza ajena terribles en política, represiones desalmadas contra los desheredados que se baten por sus derechos; él mismo se halla sumido en compromisos de ganapán y de *status* social y enganchado en su ambición de escritor notorio hasta el punto de que su conciencia parece taponada por ella. El cargo de director de periódico, tan joven, diríase que se le ha subido a la cabeza, ¡y no digamos el ambiente ateneísta de Madrid, bien pronto, y de tertulias de relumbrones endiosados aún más que por ellos mismos por los papanatas que tienen por audiencia! En todo

<sup>70</sup> Ramón J. SENDER, «Conversadores selectos. Hablando con monsieur Adolphe Falgairolle, II: En Besanzón. Una ciudad española. Hispanofilia», *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit. de Jesús VIVED MAIRAL, p. 59.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. LXV y n. 103.

caso, es este el primer momento en que llega a deshora a las llamadas de la historia, como luego ocurrirá en 1936, aunque en este caso el hecho es mucho más grave. Un joven tan precoz como Sender sufre aquí un blanco lamentable en su curso de pensador y creador revolucionario que nos deja un poco en la estacada a la hora de tratar de reunirlo con los otros cuatro oscenses en los preparativos prerrevolucionarios. Es una pena porque a mí me gustaría, en esta coyuntura, poder decir que, en torno a los años 20, Sender comulgaba de uno u otro modo con los otros cuatro afines aquí convocados y que, hasta cierta medida, él resume y realza. Pero Sender no viene a nuestro retortero hasta un poco después. En efecto, hay un interregno en la vida de Sender, primero con *La Tierra* de Huesca, luego como militar colonial (sus colaboraciones en *El Telegrama del Rif*) y, por fin, como colaborador de *El Sol* (unos ocho años, de 1919 a 1927) en que parece dejar *en veilleuse* (en hibernación) aquellos primeros arranques de rebeldía anarcoide brotados en Zaragoza (Checa) y que más adelante retoma y reaviva cada vez más a conciencia en su proyecto de escritor (sus cuatro primeras novelas) y de intelectual, en el sentido aran-gurense del término.

El caso es que tampoco podemos decir que Sender se haya separado en espíritu de aquel grupo oscense que tenía a Acín por núcleo o protón, pero sí cabe afirmar que permaneció apartado en la letra o, si se quiere usar un vocablo marxista, en la praxis, en cuanto miembro de la hispana *intelligentsia*. Por no coincidir, no coincide tampoco con Felipe Alaiz como colaborador de *El Sol*, ambos reclutados por Ortega y Gasset como dos escritores de provincias de quienes esperaba dieran nueva savia a su diario. Como escritor es posible que a Ortega le gustara más Alaiz, de más primoroso estilo, pero no tenía Felipe el sentido de responsabilidad ni la ambición de oficio de Sender, que le hacían mucho más sólido y prometedor.

Resulta, pues, que el piñón del grupo de aquella Huesca de la tercera y cuarta décadas del siglo fue Acín. Hasta Maurín se siente tributario de la anciana fuente, habiendo sido seguramente Alaiz su más próximo y Samblancat y Sender sus dos extremos. Bien mirado, no deja de ser lógico que así sea, siquiera por aquello de las tres eses de los jesuitas y de que lo *santo* reúne más que lo *sano* y lo *sabio*. Y si tomamos Huesca como el lugar geométrico del grupo es porque Acín era de Huesca, el único de los cinco que había nacido, trabajado, vivido y muerto en la capital de la campana.

## EPÍLOGO

Sender fue, como ya he manifestado en otro lugar,<sup>72</sup> el remate y florón artísticamente logrado de los tres autores estudiados en cuanto creadores de una misma

<sup>72</sup> FRANCISCO CARRASQUER, «Samblancat, Alaiz y Sender, tres compromisos en uno», en *La verdad de Ramón J. Sender*, ed. cit., pp. 13-42.

provincia (Huesca), de una misma generación (1930) y de un mismo talante libertario en ese período en torno a 1920. Pero aquí vienen agrupados con otros dos tan paisanos, coetáneos y correligionarios como el trío anterior. Y aquí acuden los cinco con otro designio: el de su participación e influjo en la preparación de la revolución española de 1936.

Pues bien, aquí también creo que es Sender el que acierta más y mejor a dar en el clavo, pero a destiempo. Ninguno tan eficaz e influyente en cultivar a fondo y voltear enérgicamente a la opinión pública española de preguerra, ni hubo tampoco más vivo testimonio crítico y humanista que el de Sender en la posguerra a través de su veraz y elocuente narrativa: a lo largo de unos ochenta títulos interpreta y *trasciende* de otros tantos modos y ángulos la República, la guerra civil y la revolución españolas (1931-1939), sin caer jamás en la propaganda y aportando positivamente toda una teoría en desfile impresionante de alegorías, mitos y parábolas que hacen que sus lectores sientan reforzada su condición humana y reavivada su alegría de vivir entre sortilegios de magia y misterio.

Resumiendo, podríamos decir que el *principio* fue Ramón Acín y en Huesca; que los *medios* fueron juventud, talento, entrega generosa y lucidez en acción de cinco espíritus afines que nacen escalonados en el lapso de quince años y trabajan incansablemente por una España mejor, y los *finés* nos los sintetiza Sender, el más joven, con su obra compleja y rica, que supera y enarca, como la irisada diadema en un cielo fecundante de lluvia, la blanca luz de todos en pentalfa radiante, gracias a aquella chispa prometeica que supo mantener Acín derramándose por sus cinco puntas mientras Huesca se vio visitada por la gracia de otros cuatro paisanos que hicieron de una modesta capital de provincias borrándose hacia las alturas un foco mentalizador para todo el país, este mismo país que había de brindar una experiencia revolucionaria absolutamente inédita y aun ahora todavía no comprendida del todo —por desgracia— por las *cabezas claras* de las tres generaciones ulteriores.

No importa, todo lo bueno cuesta, sobre todo tiempo. Pero la misma obra de nuestros cinco oscenses, aureolada por un mártir, encorazonada por un león, arcádica por mor de un soñador apacible, desestabilizada por un perseguido y coronada por un genio, sigue estando en el mundo. Y fermentando. Y aleccionando al que asimile su levadura. Repitámoslo: desde la santidad más laica del pintor vanguardista y autor de aquellas «floreccas» que adornaron las mentes de tantos miles de trabajadores «solidarizados» llamado Ramón Acín Aquilué; desde la desbordante y leonina figura de un Ángel por más nombres Samblancat Salanova, gran orador tonante y escritor barroquísimo, tan buen abogado como buen hombre; desde las miles y miles de páginas que quedan por las hemerotecas del mundo escritas por Felipe Alaiz de Pablo, encarnación la más portentosa del «único y su propiedad» en aleación con la más eutrapélica e insobornable heterodoxia y la más frugal bonhomía; desde una cabeza bien estructurada para un corazón de voluntad de fuego

como Joaquín Maurín, y, en fin, desde los cien focos de inspiración artística de sus libros de una sabiduría directa y no pocas veces velada por gasas de símbolos y traslúcidas túnicas de mitos y de magias que al desvelarlos procuran aún más sabiduría, que es todo lo que representa para las futuras generaciones la obra de Ramón J. Sender Garcés.

A medida que el mundo vaya dándose cuenta de lo que significó para la historia española la revolución del 36 y de lo que encierra como alternativa para el futuro humano en general irán aflorando estos cinco nombres como en estrella de cinco puntas y todos se harán cruces de aquella hoguera del 36 que se extinguió tan pronto para volver a arder su fuego universal desde los rescoldos de nuestra oscense pentalfa, luciendo en sus puntas como lanzas los dos Ramones, un Ángel, un Felipe y un Joaquín. Y aún se maravillarán mucho más de que esa quincuestrellada luminaria se forjara en la insignificante fragua de aquella «Huesqueta», como llamamos a la linda ciudad de Sertorio con diminutivo cariñoso.